

La Ilustración Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 24 DE ABRIL DE 1905 →

Núm. 1.217



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cadáveres de japoneses después de un ataque contra Puerto-Arthur. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Stoessel, después de la rendición de Puerto-Arthur, esperando el tren de Puerto-Arthur á Dalny. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La justicia del rey Didias*, por Juan Manuel Palacios. — *Pensamientos*. — *Algunas arcas de novia antiguas del Museo de South Kensington*, por Francisco A. Jones. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Valencia*, por Julio de Hoyos. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *La adivinación del pensamiento*, por Stuart Cumberland.

Grabados.— *Guerra ruso-japonesa. Cadáveres japoneses después de un ataque contra Puerto-Arthur*. — *El general Stoessel esperando el tren*. — *Una ambulancia rusa*. — *Heridos y convalecientes rusos*. — *Los buques de guerra rusos Pallada y Fobieda*. — *D. Juan Valera*. — *D. Federico Balart*. — Dibujo de Triadó que ilustra el cuento *La justicia del rey Didias*. — Figs. I á II. *Arcas de novia antiguas*. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Valencia*. — *Experimentos sobre la adivinación del pensamiento*. — *Toilettes notables*.

gen, así como á los insignes hispanófilos y cervantófilos del universo. A los de América seguramente les ofrecería pasaje gratis con generosidad la Transatlántica, honrándose en transportar á tan distinguidos viajeros. Ninguno de ellos hubiese vuelto á su país sin recorrer gran parte de España; ninguno de ellos dejaría de atar aquí lazos de amistad, simpatía y fraternidad literaria y científica. No concibo mejor ocasión de sumar voluntades y de estrechar vínculos con los que hablan nuestro idioma ó pertenecen á nuestro grupo étnico. Comisiones y delegaciones intelectuales de América y Europa deberían ser atraídas, hospitalizadas, asociadas á estos festejos, los cuales convenía que durasen lo menos quince días, los primeros quince hermosos días del mes de mayo; y para consolidar la unión entre los que piensan y aman las letras en España, en Europa y en el Nuevo Mundo, se invitaría al mismo tiempo, obteniendo de las compañías ferroviarias concesiones, á la larga para ellas mismas beneficiosas, á los intelectuales, escritores y docentes españoles residentes en provincias; á rectores, catedráticos y alumnos premiados y graduados á mérito; á los directores de la prensa; á elementos de las academias militares, de las comunidades religiosas, de cuanto aquí representa estudio,

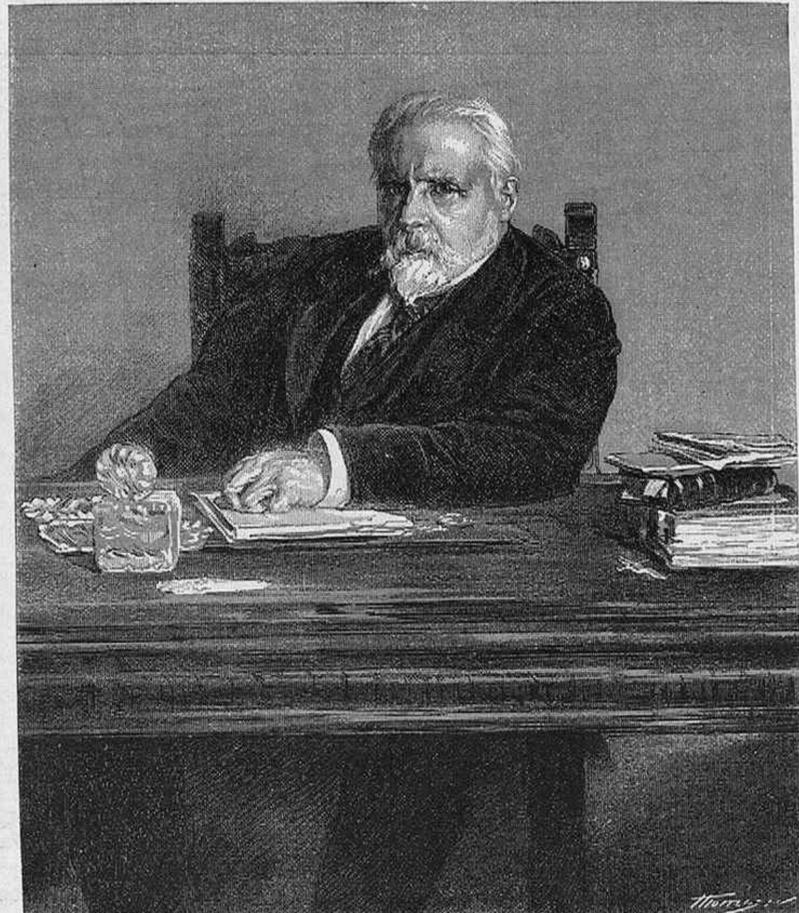
ponemos, una vez más, tan en evidencia ante Europa, como nos pusimos en la Exposición de 1900 y como, si Dios no lo remedia, seguiremos poniéndonos, no por imposibilidad de hacerlo mejor, sino por incapacidad, por frialdad, por atonía, por no atribuir importancia sino á las menudencias de la política de género chico y á los personalismos egoístas, absorbentes.

Un recuerdo á Valera, gravemente enfermo á la hora en que escribo esta Crónica, en inminente peligro de muerte, porque su avanzada edad no permite optimismos.

A diferencia de D. Federico Balart, que acaba de bajar al sepulcro menos cargado de años que Valera — y sin embargo no puede decirse que viviese para las letras desde hace tiempo, pues, no producía — Valera, con sus ochenta y pico, continuaba escribiendo y publicando, y el golpe de la súbita enfermedad fué lo único que interrumpió su labor constante. Cinco ó seis días antes de sufrir el ataque, me envió un nuevo librito, *Terapéutica social*, con cariñosa dedicatoria: dos días antes hizo que le leyese parte de mi Discurso en la velada de Salamanca; y si no mienten las hojas impresas, el mismo día en que el mal se declaró, le leyeron y estuvo corrigiendo su propio Discurso



D. JUAN VALERA,
eminente literato fallecido en Madrid en 19 de los corrientes



D. FEDERICO BALART,
eminente literato y crítico fallecido en Madrid en 11 de los corrientes

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No quiero hablar de la catástrofe del Depósito de aguas. Si lo hiciese — á pesar de que el asunto pertenece ya á la clase de fiambres — tendría que decir un sinnúmero de cosas más tristes que la catástrofe misma. Porque no son los hechos, sino sus orígenes, su modo de desarrollarse, sus consecuencias, lo que revelan, lo que sugieren, lo que puede preocupar á los espíritus reflexivos. El caso de la desaparición, de la muerte horrible de treinta, cuarenta, cien hombres, es mero incidente, al producirse sin culpa grave de la sociedad, y al no suscitar en ella, como causa ó como pretexto, fenómenos que no dudo en llamar de descomposición. De todo esto hubo (y muy caracterizado) en el triste suceso del hundimiento. Y no quiero — no siempre se tienen ánimos para pregonar las cosas malas de oír que nadie le pregunta á uno — remover esos sedimentos y exponer mis fatales impresiones sobre amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir. Después de todo, queda tiempo: estamos empezando, nada más, á notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando estalle, porque prevenir no es aquí sinónimo de gobernar.

Pasemos á temas festivos: del Centenario. Nadie sabe en qué va á consistir... es decir, sabemos lo que reza el programa oficial; pero es tan pobre, tan mezquino, tan inadecuado — porque la batalla de flores será una cosa muy bonita, pero así se relaciona con el asunto del Centenario como yo con el Gran Turco — que después de leer ese programa, lo que parece es que el Centenario se ha escamoteado por arte de truchimanagería.

De otra manera muy distinta concebíamos el homenaje á Cervantes. Y lo veía en grande, con proporciones que no creo difíciles de alcanzar, porque, en esto como en todo, la voluntad labra mucho, y no estamos tan enteramente desprovistos de medios; lo malo es que de aplazamiento en aplazamiento hemos llegado á las vísperas, y sólo á última hora, atropelladamente, contando con la percalina y el gentío madrileño que se echa á la calle, se va á salir, como se pueda, á lo que Dios quiera, de compromisos adquiridos con aparente entusiasmo.

Si yo veía el Centenario del Quijote revestido de toda la excepcional, incomparable importancia que le presta la gloria del autor en quien propios y extraños nos han simbolizado, encarnado y representado, suponiendo que en tal libro y tal hombre se encierra la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra psicología colectiva.

No considero difícil, habiéndose dispuesto de tiempo suficiente — pues si no me engaña la memoria, más de un año hace que Mariano de Cavia lanzó en el *Imparcial* la idea del Centenario, — invitar á una comisión de representantes señalados de cada nación latina y de cada nación hispano-americana de ori-

trabajo y pensamiento. Entre esta falange vendrían, ya lo sé, muchos sin títulos suficientes para merecer tal obsequio; pero en casos como el presente, hay que parodiar la frase atribuida á Simón de Monfort, al mandar á sus tropas que acuchillasen sin reparo á las turbas de herejes, pues si entre ellas estaba algún católico, allá Dios en el cielo lo discerniría. Y á todos les debiera reunir un almuerzo monstruo, celebrado, si no hubiese local con techo, al aire libre, después del cual imponente manifestación depositaría coronas al pie de la estatua de Cervantes, y una jira monstruo también (cuya organización podría confiarse á la Sociedad de Excursionistas) á Alcalá de Henares ó á Toledo, donde los recuerdos cervantescos abundan y donde se enseña, intacta, la *Posada de la Sangre*.

Al aire libre igualmente, con público muy numeroso, y que sin embargo podría ser escogido — juzgado de golfería y de tropel que se gana el sitio á puñetazos, — cabría celebrar asimismo la representación de una loa ó de un entremés de Cervantes, en un escenario como los que se construyen en Alemania para casos análogos, y hermoseando el recinto con los elementos que brinda la estación primaveral. Esta culta representación al aire libre, de carácter popular, no impediría la función de gala en el Teatro Real, ni cuantas se quisiesen dar, gratuitas, en otros escenarios. La Casa Real, que dispone de magníficos salones y jardines, obsequiaría con recepciones ó *garden parties* á los invitados, contribuyendo así al esplendor de los festejos. Por su parte la guarnición organizaría una retreta cuya base fuesen las galeras de Lepanto, la muestra triunfal de aquella ocasión memorabilísima en que Cervantes se quedó inválido. En el lugar que se considerase más propio se podría celebrar una función de fuegos artificiales, con la alegría y brillantez características de este festejo, popular también, como convendría que fuesen, en su mayoría, los del Centenario. Porque no cabe consagrar á Cervantes y al *Quijote* un programa que sería suficiente para festejar al duque de Connaught, ó á cualquier otro forastero ilustre. La significación del *Quijote* ¡á cuánto nos obligaba! ¡Qué resonancia la de este libro, sobre todo desde que pasamos la frontera!

Dios me perdone si me equivoco. Sospecho que «lo del Centenario» ha dormido el sueño de los justos hasta el último instante, es decir, hasta hará cosa de dos meses en que se inicia el runrún: «¡Calle! ¡Pues es cierto! ¡Hay que celebrar esas fiestecitas!» Y entonces se ha elaborado el mísero, el triste programa que nadie ignora. Y en provincias, las veladas, los certámenes, han arreciado — y ahí está cuanto brindamos á Cervantes. — No debe esta culpa ser imputada al actual ministro de Instrucción pública, que acaba de jurar. Acaso no deba ser imputada especialmente á nadie. Son cosas... cosas de aquí...

Para festejar así al *Quijote*, más valiera no festejarle; dejarle en su trono ideal. No vamos á aumentar su gloria, pero nos

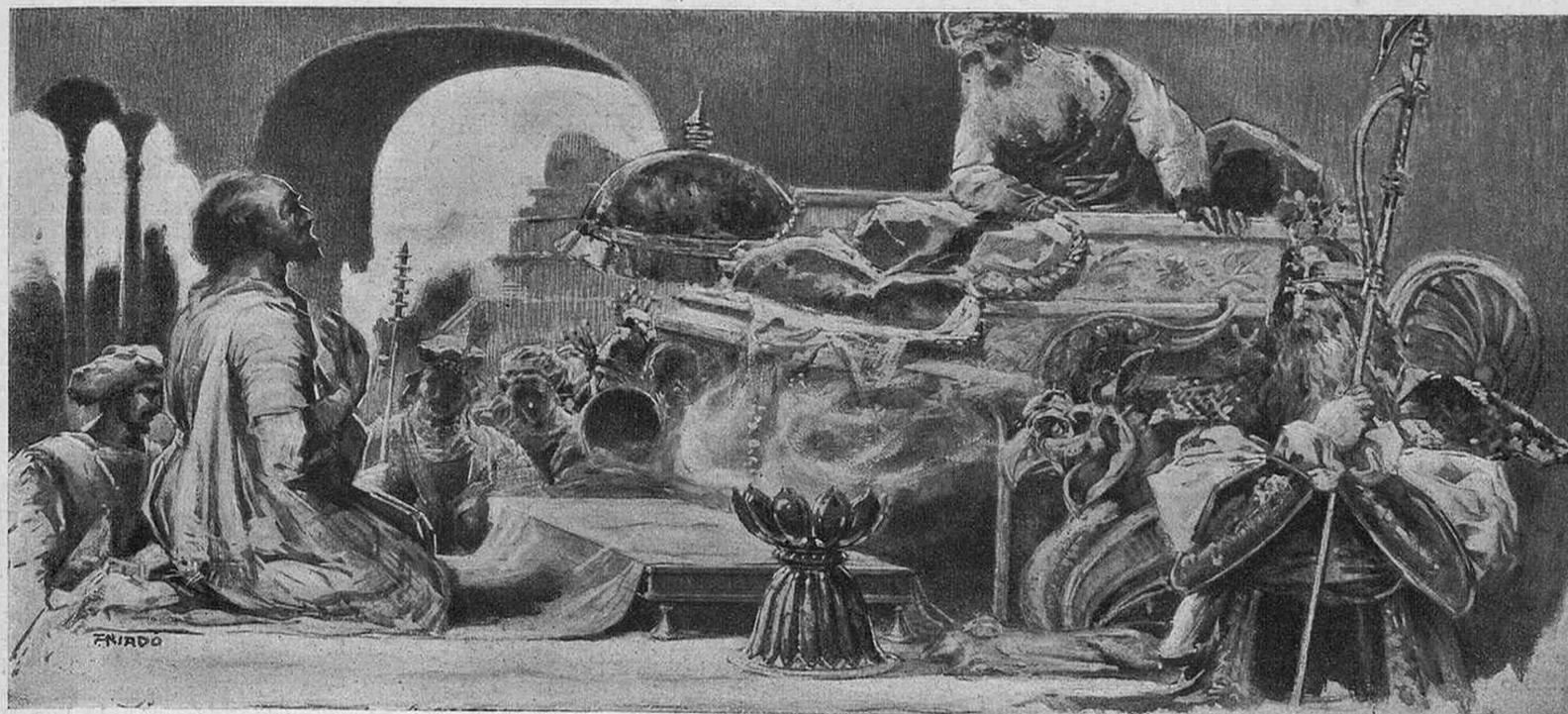
sobre el *Quijote*, encargo de la Academia para la sesión solemne del Centenario. Así la muerte habrá sorprendido á este campeón en su puesto, sonriente y tranquilo hasta última hora, sereno ante lo inevitable del destino, según conviene á un varón fuerte, á un humanista, á un filósofo, á un amador de sabiduría y de cuanto bello produce la inteligencia.

Y cuando digo que le habrá sorprendido..., es un modo de decir. No le ha sorprendido; doy fe de que la esperaba con maravillosa ecuanimidad. Cayó postrado un domingo, y el viernes anterior, 7 de abril, ó mejor dicho el sábado 8, pues era la una de la madrugada cuando así conversábamos, respondió á una pregunta mía sobre su estado de salud: «Siento el hormigueo, y supongo que no se hará esperar el accidente.» Y esto lo profería sin alteración de la voz, sin desmentir su calma que debe llamarse olímpica, y pasando inmediatamente á conversaciones literarias, que tenían la virtud de reanimarle y de arrancar chispas de luz á su peregrino ingenio, despierto y ágil, joven y fresquísimo en medio de la decadencia de su organismo.

Suele ser triste el cuadro de la senectud de los hombres ilustres. El cuerpo impone su degradación al espíritu; el terror se enseorea del alma; surgen los egoísmos y las manías; adquieren importancia capital los míseros detalles de achaques y alifafes, y el cambio de un hábito adquirido ó la falta de cualquier comodidad y gusto, toman proporciones de acontecimiento. El humor se agría, y cual el invierno descubre las anfractuosidades de la roca, quedan patentes y salientes los defectos del carácter. ¡Nada de esto he visto en la hermosa vejez de D. Juan! Mostrábase, es cierto, extremadamente conservador y no poco misonésta; pero no debía de ser obra de los años; es caso muy frecuente aquí que los hombres inscritos en las agrupaciones liberales, sean opuestos á las formas inminentes de la evolución social, y por supuesto á las de la evolución literaria, no menos inevitable. Pero sus ideas, muy estáticas, las expresaba don Juan con tal donaire y humorismo, las sazonaba con tan ática ironía y tan gustosas sales, las paliaba con tantas concesiones transigentes, con tan elegante diletantismo, que producían en el oyente, á falta de convencimiento, impresión aménísima y cultivadora.

Era, en suma, la amistad de Valera una de las más gratas é instructivas, y perdemos mucho sus amigos y tertulianos al pagar tributo á la naturaleza este sabio amable, bien educado, de exquisito trato, de encantadora elocuencia verbal y epistolar. Su obra literaria, variada y rica, no es lo que aquí ensalzo; su obra queda completa, suficiente para marcar honda huella en un período de nuestra literatura; pero su persona, envuelta en las grises redes de la ancianidad y evadiéndose diariamente de ellas como mariposa que rompe una telaraña, es lo que ahora va á faltarnos... Valera merecía vivir un siglo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Justicia, buen señor, justicia para un viejo padre á quien la desesperación acongoja!

LA JUSTICIA DEL REY DIDIAS

(CUENTO INDIO)

Allá, en una remota región del Asia, entre bosques salvajes y montañas de elevadas cimas, que se enlazan unas á otras como grandes eslabones de colosal cadena, existe, ó existió, pues no sé de cierto si los hechos que he de narrar son muy pretéritos, un reino de pequeña extensión, pero de feraz y rico suelo, cuyo monarca era (cosa rara por lo poco frecuente) amado y bendecido al igual por todos sus súbditos.

Tenia Didias, que este era el nombre del rey de mi cuento, un hijo único, adolescente de piadoso y recto sentir, que tomaba ejemplo en las altas virtudes é inmenso saber de su regio padre, preparándose á seguir la senda de bien gobernar que la rectitud, bondad y justiciero carácter del monarca, le trazaran, y, como el autor de sus días, era el joven príncipe adorado por los felices pobladores del reino. Sólo tenía una pasión, que á veces llegaba á dominarle. Su afición á la caza era su único defecto.

Sucedió que un día, en la recepción cotidiana con que el rey Didias favorecía á sus vasallos, convencido de que para regir y administrar los destinos é intereses de un pueblo es de necesidad precisa oír los criterios de altos y bajos, sin intermediarios, casi siempre falaces y mentirosos, entre los que demandan y el que ha de conceder, un anciano labrador, de rostro severo y nevada guedeja, acercóse á su señor, é hincando la rodilla ante el trono, con serena voz y humilde ademán exclamó de modo que todos pudieron oírlo:

—¡Justicia, buen señor, justicia para un viejo padre á quien la desesperación acongoja!

—Decid, noble anciano, contad pronto vuestras cuitas; que nunca Didias negó justicia y consuelo á un súbdito honrado, como esa frente espaciosa y ese mirar sencillo revelan que sois.

—Señor, mi hija muere de sentimiento por una acción culpable de que es víctima. Un hombre ha pisoteado con las herraduras de un corcel su diversión, su alegría, y yo reclamo para ella la felicidad perdida ó el castigo del criminal.

—¿Qué le hicieron?

—Óidme, señor. No muy lejos de este palacio poseo una heredad que cultivo con afán y cuidado sumo. Alrededor de mi pobre casita, mi hija, cuyas bellezas y bondad habrán llegado á vuestros oídos, cuida por sí de un jardincito muy bello, y las flores que en él crecían eran toda la distracción, todo el amor de su juventud solitaria. Lirios y rosas, tulipanes y anémonas, en ordenado y artístico ramillete, la rodeaban siempre. Los ruiseñores desde las ramas de los arbolillos la coreaban en sus cantos mientras regaba sus plantas, y ella, sonrosada y fresca como sus rosas, vivía feliz sin preocupaciones, alegrando el ocaso de mi vida. ¡Todo se ha perdido! Marchitas están las flores más lindas. Alejáronse los pajarillos cantores, y mi hija, triste y pálida, ni sonríe ya, ni tampoco canta. Nublan sus ojos de cielo lágrimas de sentimiento, entristecen mis horas sus pesares, y lo que ayer era ventura, hoy es infortunio.

—¿Quién es el criminal que tantas desgracias pro-

duce? ¿Quién el malvado que osó turbar la paz de la más bella y virtuosa de mis vasallas?.. Decidlo pronto, anciano; que por el Dios de nuestra religión que recibirá su merecido á manos de los verdugos.

—No es esa, señor, la justicia que yo demando. La sangre del culpable no remediará la desgracia producida. Con la muerte del causante de nuestra desgracia no volverá la alegría que se fué, no cantarán otra vez en los arbolillos que rodean mi casa los ruiseñores, no lucirán al aire la belleza de sus variados tonos, ni exhalarán sus perfumes los lirios, ni las rosas, ni los tulipanes, ni las anémonas que cayeron al peso de los cascos de los caballos. No es castigo, señor, es reparación lo que pretendo.

—Sea como pedís, anciano. Si está en mi mano esa reparación, será todo lo cumplida que podáis desear. ¿A quién se debe exigir?

—El príncipe Assur es el causante de mis males, señor.

Y diciendo estas palabras, el demandante inclinó al suelo su venerable cabeza, como arrepentido de haberlas pronunciado. ¡Tan poca confianza inspira la justicia de los poderosos, aun siendo buenos, tratándose de hacerla en su propia sangre!

—¡Mi hijo!.. ¿Estás cierto de lo que dices, buen viejo?.. ¿Sabes tú que el príncipe, educado en los mismos principios y prácticas que su padre, sería indigno de ocupar este trono algún día si hubiese faltado á sus deberes de buen caballero y de príncipe recto?

—Lo sé, señor; pero confío en una reparación que haga olvidar su delito, ó dispensar su imprudencia, al menos, si obró inconscientemente.

—¡Está bien! Puedes retirarte y espera en tu casa noticias de mi justicia.

Al amanecer del día siguiente, un joven de gallarda presencia se detenía en el jardín de Nana Dy. En el hombro sostenía una pesada azada y en la otra mano brillaba un escardillo. Tras él, un gañán portaba en un cesto infinidad de plantas y flores preparadas para el trasplante.

—¡He aquí mi obra!, murmuraba entre dientes el apuesto mancebo mientras ojeaba con mirada melancólica los macizos destrozados y las flores secas. ¡Por alcanzar una *pieza* ligera, por satisfacer el amor propio de cazador, he aquí destrozada una verdadera obra de arte; pisoteada, con estos lirios, la felicidad de una virgen candorosa y acongojado un padre cariñoso! ¡Dichoso, al menos, quien puede remediar el daño que ha causado imprudente, y bendito del cielo mi juez, que me trueca el castigo en penitencia!..

Y el príncipe Assur empezó á trabajar en el jardín, arreglando macizos y trasplantando plantas, que luego regaba cuidadosamente.

Pasaron varias horas y el heredero del trono seguía trabajando con ardor. En el jardín no quedaban ya vestigios del destrozado producido por el pataleo de los caballos, y las plantas trasplantadas, en mayor número y de más variadas y ricas especies, substituían á las marchitas, elevando gozosas sus tallos delicados sobre la tierra removida y fresca.

En el fondo del jardín, á la puerta de la blanca casita que habitaba Nana Dy, apareció de repente

una niña de cabellos dorados y ojos de cielo, hermosa como el sol, delicada como los lirios que nuevamente mecían sus tallos al arrullo de la suave brisa de la mañana.

Un grito de gozo, una exclamación de asombro, al admirar aquel prodigio de resurrección, brotó de los labios de la virgen, y palmoteando con sus blanquitas manos de muñeca, empezó á correr y saltar por los enarenados paseos, deteniéndose aquí y acullá para contemplar una flor desconocida ó aspirar el perfume embriagador de otra.

Assur, de rodillas tras un macizo de tulipanes, que le ocultaba á la vista de aquel ángel terreno, contemplaba con amor tan hermoso cuadro, y de cuando en cuando, con sus manos ensangrentadas por el empleo no acostumbrado del azadón, secaba sus ojos humedecidos por las lágrimas.

¿A qué seguir?.. La felicidad reapareció en la casa de Nana Dy, que vivió contenta el resto de sus días. Didias murió también al poco tiempo, satisfecho de sí mismo y bendecido por todos sus súbditos, que aún le lloran, y Assur reina hoy en aquella remota región del Asia, compartiendo su trono, sus deberes de padre y el cariño de sus vasallos con la niña de cabellos dorados y ojos de cielo que le hizo derramar lágrimas de enternecimiento, y amor, á la par que encalleció sus manos tiernas, no habituadas á la fatiga del trabajo material.

JUAN MANUEL PALACIOS.

(Dibujo de Triadó.)

PENSAMIENTOS

Una ley primordial y absoluta rige la creación, la ley del progreso. Todo se eleva en el infinito y las faltas son caídas.

CAMILO FLAMMARIÓN.

Ricos y pobres: mala clasificación. Dependientes é independientes: esta es la clasificación verdadera.

EMILIO AUGIER.

Hay silencios que son mentiras.

MELCHOR DE VOGUÉ.

Los países en donde no se ha amado ni sufrido, no dejan en nosotros ningún recuerdo.

PEDRO LOTI.

Los sucesos y las cuestiones del día adquieren en nuestras discusiones una importancia que no guarda relación con la verdad de las cosas y con los intereses del país.

GUIZOT.

El honor es el pudor viril.

GENERAL LAMBERT.

La reparación de nuestros lejanos recuerdos nos hace pensar menos en el regreso de las golondrinas en primavera que en sus reuniones bajo los tejados de donde las expulsa el invierno.

— La guerra no es una escuela de vicios, como la paz no es una escuela de virtudes; una y otra no son sino lo que son el pueblo y sus jefes.

— Los hechos y las fechas son el esqueleto de la historia; las costumbres, las ideas y los intereses son la carne y la vida de la misma.

G. M. VALTOUR.

ALGUNAS ARCAS DE NOVIA ANTIGUAS

que se conservan en el Museo de South Kensington, de Londres

El coleccionar arcas de novia es un capricho que han tenido muchos personajes célebres.

La emperatriz de Rusia tiene algunas magníficas, que se remontan á los siglos xv y xvi. Una de ellas, que le fué regalada por su padre, el difunto gran duque de Hesse-Darmstadt, se dice que perteneció á Catalina de Braganza, esposa de Carlos II de Inglaterra. El frente del arca representa las bodas de Caná y los costados están adornados con grupos alegóricos y escenas pastorales.

Otra arca, perteneciente también á la czarina, es de fabricación holandesa, de madera de arce y pintada por el famoso Pablo Rubens.

La reina Alejandra de Inglaterra también posee muchas, siendo la que en más aprecio tiene la que le dió su padre, el rey de Dinamarca, cuando se casó. Tiene muchos siglos de antigüedad y se supone que perteneció á la hermosa hija de un famoso vikingo.

En el Museo de South Kensington se ven muchas arcas de novia de gran belleza y antigüedad; una de las más notables es la que representa el grabado número 4. Está hecha toda ella de madera de castaño, es de forma oblonga, con una tapa que se alza. Los tableros, bandas y pilastras están decorados con flores y hojarasca en estuco de relieve, ricamente doradas. A cada lado hay un filete de follaje dorado sobre fondo oscuro; descansa sobre cuatro patas en forma de garras, también doradas. Es de macizas proporciones y capaz de contener un ajuar que dejara satisfecha á la novia más exigente. Esta arca, que es de manufactura italiana y pertenece al siglo xvi, la compraron los directores del Museo en la venta de Castellani, en 1884, en la suma de 34 libras esterlinas y 10 chelines (unas 870 pesetas).

Otro ejemplar muy hermoso es el del grabado número 5. Es de sólido roble, tallado según un dibujo caprichoso de flores. Los costados, la tapa y la parte posterior no tienen adornos. A cada lado de la cerradura hay la siguiente inscripción, incisa en la madera: «Es de Esther Hobson, 1637.» El tamaño de esta arca es casi el mismo que el de la representada en el primer grabado, es decir: 73 centímetros de alto, 1'65 metros de largo y 65 centímetros de profundidad. Se compró en un remate, en 1892, en 30 libras esterlinas y 9 chelines (unas 770 pesetas). Esta interesante arca antigua está perfectamente conservada; el tallado parece casi acabado de hacer.

Una particularidad de las arcas de novia italianas de los siglos xiv y xv es que en vez de talladas, por lo general están pintadas. Hay en el citado Museo un ejemplar magnífico del arte italiano del siglo xv; es de madera tallada y dorada y le llaman el *Dini Cassone*. En la parte anterior está puesta, en un entrepaño, una pintura de Dello Delli del año 1440 aproximadamente, que representa la entrevista de Salomón y de la reina de Sabá. A cada extremo hay cupidos tocando instrumentos músicos. La longitud de esta notable arca es de 2'10 metros y costó 2.000 pesetas. El colorido se conserva bastante bien, aunque el tiempo ha oscurecido la pintura. Los italianos de aquellos tiempos se dice que con frecuencia usaban las arcas de novia como camas, y se cuenta de una dama, cuyo prometido esposo se murió una semana antes de la fecha señalada para la boda, que dispuso que la enterraran encerrada en su arca de novia y después se suicidó. Sus deseos se cumplieron religiosamente.

Hay en el propio Museo un arca muy extraña del siglo xv, también probablemente de manufactura italiana. Es de madera tallada y dorada. El frente y los costados están pintados con asuntos alegóricos.

A la izquierda se ve al dios del Amor en un carro tirado por cuatro caballos blancos. En el centro hay otro carro tirado por dos unicornios negros. En el carro hay una figura, que se supone representa á la Paz, y detrás tiene otro Cupido, con las manos ata-

cesas indias es casi por completo de telas de seda y por lo tanto no ocupa mucho lugar, es de madera recubierta de almáciga negra, en que están incrustados pedazos de nácar, formando un dibujo floreado de gusto oriental. Es trabajo del siglo xvi ó xvii, y se dice que la trajeron de la India los portugueses. La compró el Museo de South Kensington en 1866 por la módica cantidad de 8 libras esterlinas, 8 chelines y 5 peniques (unas 215 pesetas). Su forma es cuadrangular y la tapa está sesgada. Lo curioso está en que la parte posterior es más hermosa que la anterior, por lo que, como se ve en el grabado, se ha fotografiado aquella.

El cofre que representa el grabado n.º 7 es obra alemana de principios del siglo xvi; es bastante amplio y capaz de contener el ajuar de una alemana de pingüe dote. Hecho de madera y cubierto de cuero, con finos relieves, es sin duda alguna un hermoso mueble. La tapa está partida en dos, que se doblan. Los goznes son de bronce bruñido. Difiere de los demás de construcción alemana en que está sostenido por medio de cuatro patas algo bastas. También pertenece al expresado Museo; fué comprado en 1872 por 10 libras esterlinas (250 pesetas).

El arca que reproduce el grabado n.º 8 está en la galería que hay sobre el vestibulo del palacio de Ham. Procede originariamente de Turquía y data del siglo xviii. El cuerpo es de madera, siendo difícil decir de qué clase, cubierta con adornos de trabajo *gesso*, pintado y dorado. El dibujo es hermoso y causa muy buen efecto. Está provista de una cerradura de curioso mecanismo, cuya llave desgraciadamente se ha perdido. Se levanta unos 15 centímetros del suelo, sobre seis patas groseramente talladas.

El cofre reproducido en el grabado n.º 10 tiene en su aspecto algo de iglesia, y puede haber sido regalo de algún prelado á una próxima pariente. Hecho de sólido roble, tiene el frente y los costados primorosamente tallados, en estilo gótico, con figuritas, al parecer de santos, y también se halla representada la coronación de un monarca. Procede de España y es obra del siglo xv. Tiene grandísimo peso y está provisto de una cerradura muy artística, de mucha fuerza y duración. Las esquinas son de un gusto muy exquisito, con elegantes columnas, coronadas por estatuas de santos. Este cofre, hermoso y único en su género, puede también verse en South Kensington.

Las dos pequeñas y raras arcas que reproducen los grabados números 2 y 11 son de gusto completamente holandés. Pertenecieron á un coleccionista particular y fueron llevadas hace pocos años á Londres desde Holanda. El trabajo es de principios del siglo xv y ambas están perfectamente conservadas. Las dos son de boj, talladas con mucha prolijidad, con figuras grotescas; tienen cantoneras y cerraduras de metal; la de la más pequeña es lo primero que llama la atención del que la ve, pues ocupa una gran parte de la cara anterior. Se nota en la composición del dibujo cierta gracia, si bien no se sabe á punto fijo á qué especie pertenece el animal que un hombre lleva al mercado probablemente.

El grabado n.º 9 representa un arca veneciana, que es realmente un hermoso ejemplar del trabajo del siglo xvi. Está hecha de taracea de marfil y maderas de colores, formando fajas entrelazadas y figuras geométricas, y guarnecida de ébano y marfil. Se han elegido los colores de modo que se mezclen armoniosamente, y el conjunto es artístico en extremo. El interior del cofre está trabajado con gran esmero; se conoce que el artífice era de opinión de que no debía desmerecer de lo de fuera lo de dentro. Los



Fig. 1. - Delantero de un arca de novia italiana del siglo xv

das. Luego se halla pintado un casamiento, y sin duda para dar más alegría á la composición, el artista ha representado un carro fúnebre con la Muerte, que lleva una guadaña, colocada sobre dos ataúdes. El cuadro es más original que bello, y no parece ser esta arca propia para ser regalada á una novia nerviosa é impresionable.

También se ve en el Museo de South Kensington otra arca italiana, próximamente de la misma época (grabado n.º 1). Es de madera recubierta de yeso, en el que se ha modelado una especie de cortejo matrimonial de la Edad Media. Este relieve es único, sin

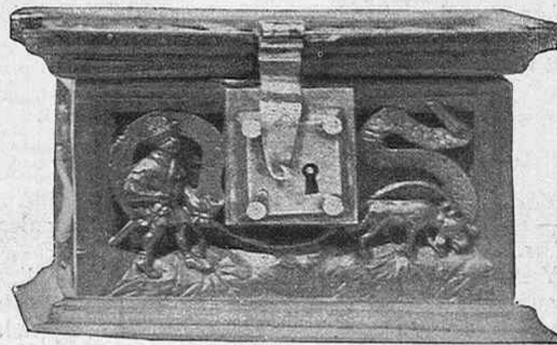


Fig. 2. - Arca de novia holandesa del siglo xv

duda alguna, y representa á los novios próximos á ser unidos con los sagrados lazos del matrimonio. El personaje que está celebrando la ceremonia parece estar muy divertido, porque su semblante tiene una expresión que no se aviene bien con la solemnidad del acto. El padre de la novia tiene los brazos cruzados y una cara adusta, mientras la madre da visibles muestras de dolor. Un cortejo de caballeros con faldas cortas, llevando, al parecer, fuentes con manjares, probablemente para el festín de bodas, marcha por un bosque sembrado de margaritas, y un par de

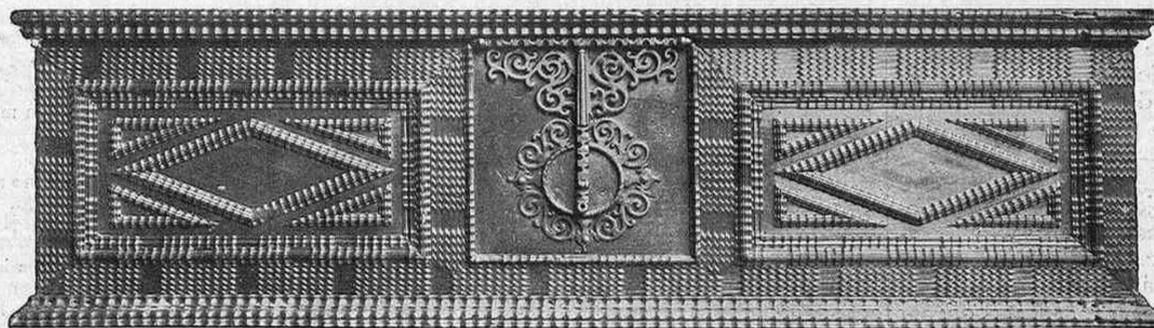


Fig. 3. - Arca de novia holandesa del siglo xvii

trompeteros tocan en señal de regocijo. Por esta notable arca de novia se pagaron 20 libras esterlinas (500 pesetas).

Otra arca del mismo Museo es digna de atención, por ser única en su dibujo. Es de madera oscura, probablemente nogal, y adornada con clavos dorados. El dibujo es hermoso, formando rollos, y el número de clavos empleados pasa de 3.000.

El grabado n.º 6 representa un ejemplar muy bello de manufactura india. Esta arca, que no es muy grande, debido tal vez á que el *trousseau* de las prin-

costados y la parte posterior no están adornados, pero sí provistos aquéllos de un par de sólidas agaraderas. Lo compró el museo ya dicho en 1863 por 30 libras esterlinas (750 pesetas) y se considera como el arca veneciana más perfecta de las que posee.

El grabado n.º 3 reproduce un arca hecha de madera de tek con molduras formando ondas de ébano

Es un rasgo singular, pero no por eso menos hermoso, del carácter de las mujeres holandesas, el de que, por ningún concepto, se desprenden de sus arcas de novia. Podrá hallarse en la situación más angustiosa, muerto el marido, hambrientos los hijos, vendido todo el mobiliario para comer, pero el cofre no se toca, porque nunca se le puede ocurrir dispo-

lo. La mirada de asombro, mezclada de cólera, que le dirigió la dueña al oírlo, le obligó á pedirle mil excusas, pero pasó algún tiempo antes de que se restableciese la buena armonía.

Si, como se dice, las arcas de novia van á gozar nuevamente del favor de que gozaron hace dos siglos, no dejarán de ofrecer algún interés estas pocas noti-

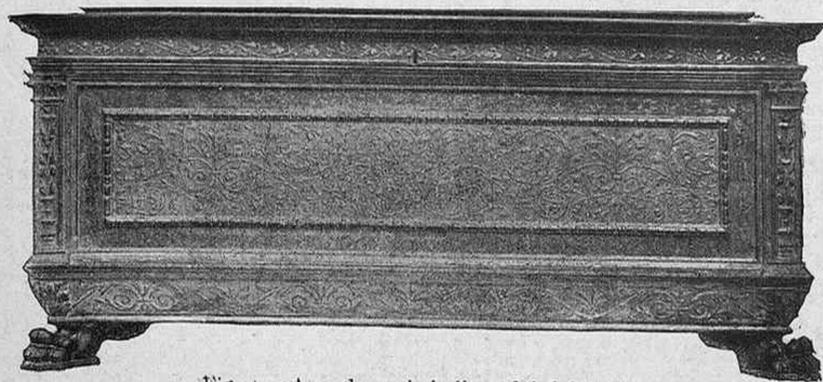


Fig. 4. - Arca de novia italiana del siglo XVI

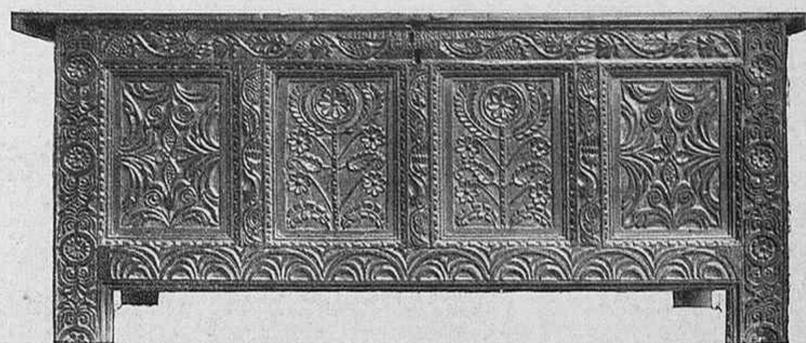


Fig. 5. - Arca de novia inglesa del siglo XVII

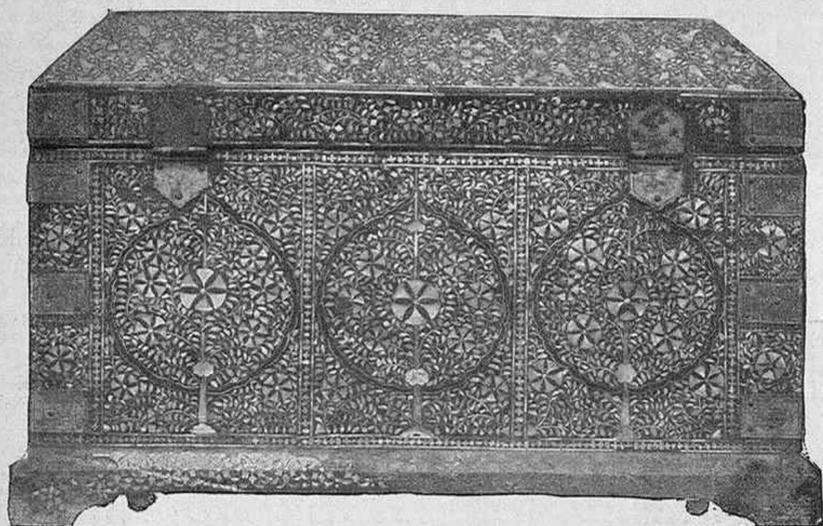


Fig. 6. - Cara posterior de un arca de novia del siglo XVI ó del XVII



Fig. 7. - Arca de novia alemana del siglo XVI



Fig. 8. - Arca de novia turca del siglo XVIII

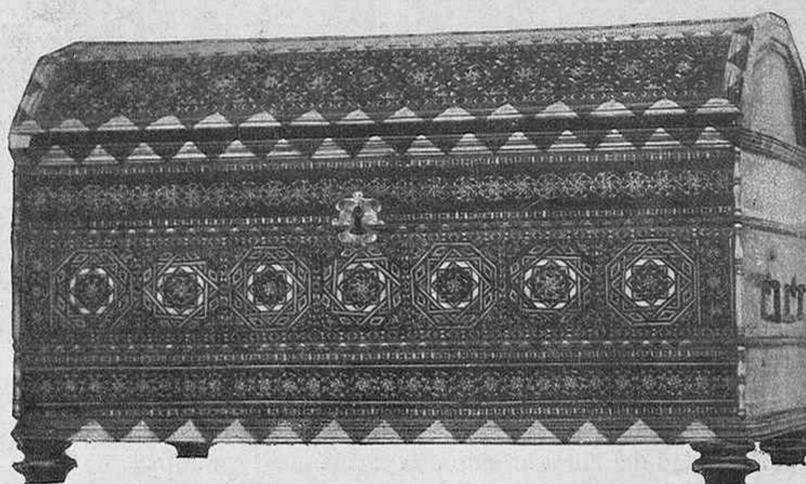


Fig. 9. - Arca de novia veneciana del siglo XVI



Fig. 10. - Arca de novia española del siglo XV



Fig. 11. - Arca de novia holandesa del siglo XV

y palo de rosa; es de manufactura holandesa y debió ser hecha hacia el año 1640. Este cofre, que fué comprado en 1855 en 6 libras esterlinas (150 pesetas), está también perfectamente conservado. Es algo más pequeño que la generalidad de los de su clase, pues sólo tiene 1'65 metros de largo, 85 centímetros de ancho y 50 centímetros de alto.

ner de esa poética reliquia de su anterior felicidad. El autor de este artículo recuerda que, hace algunos años, viajando por Holanda, entró en una casa de campo, donde le enseñaron un cofre de boda antiguo, de roble, muy hermoso. Siendo coleccionista de antigüedades é ignorando la veneración con que los holandeses miran á esos muebles, propuso comprar-

cias que acabo de exponer. No hay, sin embargo, que echar en olvido que muchas de las más hermosas no se hallan en los museos públicos, sino en las colecciones particulares. Hase dicho que podría con ellas formarse una exposición muy interesante; falta ver si se llevará ó no á cabo esa idea.

FRANCISCO A. JONES.

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
Á VALENCIA

Todas las atenciones estaban fijadas en el viaje de D. Alfonso á Valencia, que algunos calificaban de

Alfonso XIII realizadas á las distintas regiones españolas.

A las once menos cinco minutos de la mañana del día 10 del corriente, la campana de la estación anunció que el tren real estaba á la vista, y dos minutos después llegaba al andén entre un clamoreo inmen-

cones, azoteas y terrados que recaían á los solares se hallaban totalmente ocupados, y hasta la parte superior de las vallas de madera que cierran la estación fué asaltada por gente del pueblo, dispuesta á no perder ni un solo detalle. Las bandas de cornetas que había en la extensa plaza anunciaron que el rey



S. M. el rey D. ALFONSO XIII saliendo de la estación en el momento de su llegada á Valencia



Los solares de San Francisco momentos antes de pasar el rey

peligroso y atrevido, por temor de que ocurrieran sucesos desagradables; y sin embargo, no ha sucedido

so. El rey, vistiendo el traje de capitán general y contestando jovialmente á las aclamaciones con sa-

se disponía á salir, y poco después, montando el brioso caballo «Danubio,» apareció ante el pueblo



S. M. el rey D. ALFONSO XIII presenciando el desfile de las tropas desde la Capitanía general



S. M. el rey D. ALFONSO XIII á la salida de la fábrica «La Maquinista Valenciana»

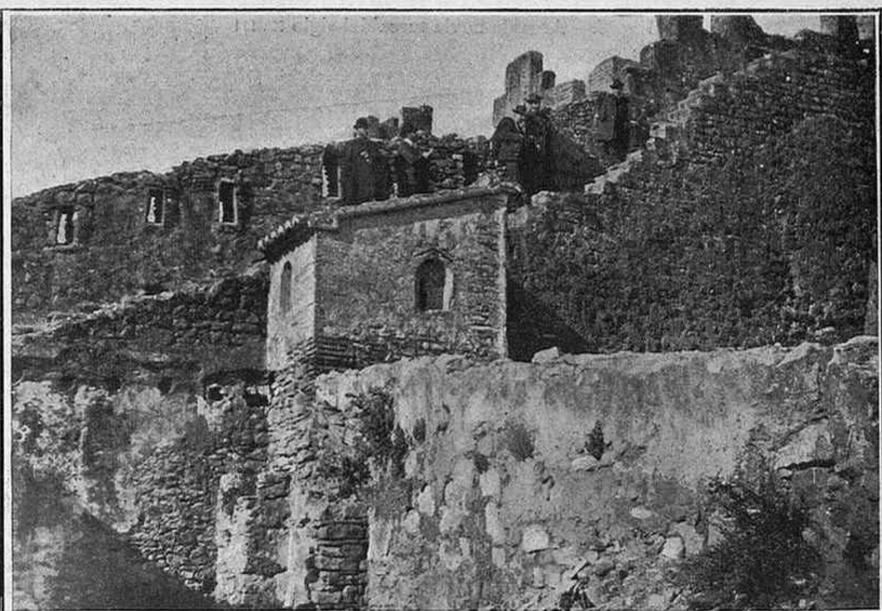
nada de lo que los tales temían, y la visita de S. M. á la hermosa ciudad del Turia ha sido una página más

ludos militares, se apeó del coche y por la puerta central salió á los solares de San Francisco.

valenciano, que le saludó con un estruendoso aplauso, cariñoso y sincero, para el que tuvo el joven mo-



Templete por donde se embarcó el rey en el Grao, y que fué levantado expresamente para dicho objeto



Plataforma del castillo de Sagunto, desde donde el rey contempló el sitio en que fué proclamado su ilustre padre DON ALFONSO XII

de entusiasmo que añadir á las que constituyen la crónica, por decirlo así, de las excursiones por don

El aspecto que este lugar presentaba era soberbio; en él se agolpaba un público numerosísimo; los bal-

marca manifestaciones innegables de agradecimiento. A partir de este instante, su paso fué una demostra-

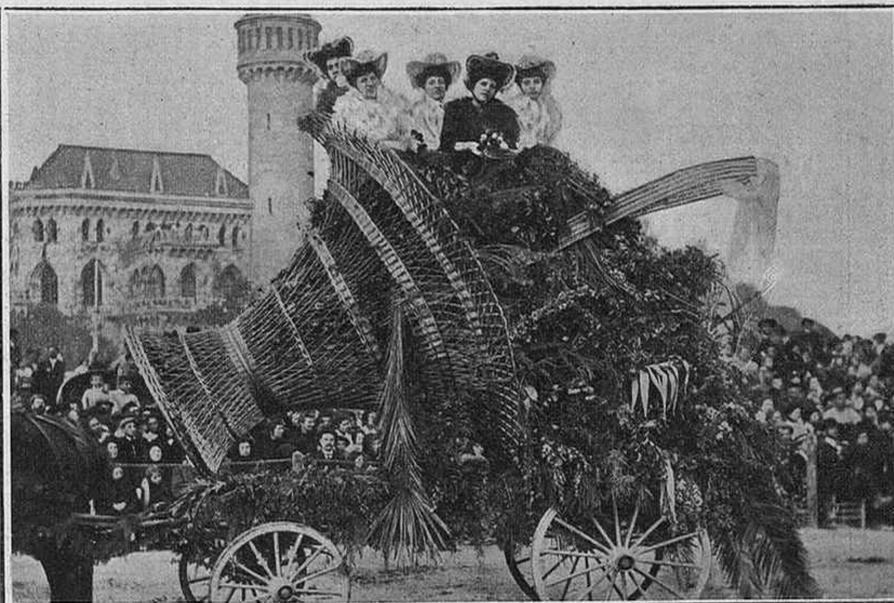
ción clara de simpatía; los balcones, vestidos de colgaduras, estaban abarrotados de personas, entre las que asomaba la esbelta hermosura de las valencianas jóvenes que agitaban pañuelos, lanzaban flores y soltaban palomas manifestando su alegría: al aparecer el augusto joven, jinete sobre «Danubio,» saludando

de pinturas, la Casa de Beneficencia, la Lonja de la seda, la Maestranza y los cuarteles. Ha prometido amparar la agricultura y la industria; ha hecho algunos donativos y se le ha obsequiado con serenatas, tracas, fuegos artificiales, corrida de toros y batalla de flores. De la corrida regia no quiero hablar, por-

ayudaba á más democráticas expansiones. A poco de luchar en la tribuna, ocupó la carroza que se le tenía destinada y se dispuso á formar entre los demás que pasaban por la pista, combatiendo con todos. Entonces se oyó una aclamación grandísima y sobre él se precipitó una lluvia tan espesa de rami-



Batalla de flores. Carroza que representaba una sombrilla de estilo Imperio



Batalla de flores. Carroza que representaba una cesta de flores volcada

con la diestra enguantada á los balcones, al pasar bajo el arco del «Círculo Democrático,» en el que unas señoritas vestidas de labradoras le entregaron un ramillete cada una, de aquellos balcones apiñados de bellezas cayó un aguacero floral, como si las mujeres hubiesen sido flores que al agitarse dieran al aire sus pétalos más hermosos, mientras cruzó la calle una bandada de palomas blancas, y ondulaban los pañuelos con un entusiasmo tal, que á mí me pareció en un momento que los pañuelos se desprendían y revolaban hacia los tejados, ó que las palomas quedaban prendidas entre los dedos femeninos.

No puedo ir haciendo una descripción detallada ni de la carrera que la regia comitiva recorrió, ni mucho menos de su estancia en Valencia, porque habría de dar á esta información unas dimensiones que el tiempo y el espacio de que se dispone en un periódico ilustrado me lo impiden y he de someterme á una rápida reseña.

De la estación se dirigió la regia comitiva á la catedral, en la que entró el rey bajo palio y oyó el *Tedeum* del maestro Es-lava, visitando después las reliquias que allí se conservan y orando ante el Sagrado Cáliz que consagró Jesús la noche de la cena memorable.

De la catedral pasó á la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, subió al camarín de la venerada imagen y á sus pies dejó al retirarse el bastón que llevaba, emocionándose al ver el que su padre regaló á la Virgen en otra ocasión semejante. Al salir montó de nuevo á caballo y llegó á la Capitanía general, donde se le había preparado el alojamiento con esmero exquisito.

Al terminar las notas de la marcha real apareció el rey en el balcón, y con saludos cariñosos correspondió á los aplausos que la apiñada multitud le tributaba. Más tarde apareció otra vez y comenzó el brillante desfile de los diferentes cuerpos del ejército.

Por la noche los edificios públicos, los centros oficiales y algunas casas particulares ostentaban las fachadas iluminadas. El «Círculo Democrático» y el «Círculo Conservador» levantaron frente á sus domicilios sociales arcos de triunfo de verdadero gusto artístico.

En los días que el rey ha permanecido en Valencia ha presenciado la colocación de la primera piedra para edificar la nueva fábrica de tabacos, tan conveniente para la capital, y el mismo acto se ha repetido en el Grao para la construcción de un faro potente y necesario. Ha visitado la Universidad, el Museo

que es espectáculo que aborrezco con toda el alma; de la batalla de flores tengo una opinión muy distinta.

Aseguran los que conocen la hermosa fiesta desde su implantación en Valencia que nunca se vió la Alameda tan animada como esta vez. Frente al pabellón municipal se levantó una tribuna que pregona el ingenio feliz que tienen los artistas valencianos para este arte decorativo. Sobre cuatro elefantes se sostenía esta tribuna dedicada al rey, y acertadamente colocadas se hallaban grandes medallas con los bustos de los reyes Alfonsos. También puso el Ayuntamiento á disposición de S. M. una carroza

lletes, que emborronaba su figura ante la vista. Con el sombrero calado hasta las orejas, sudoroso y agitado, no daba tregua á la lucha que con él sostenían. Por donde su carroza pasaba, los ramitos que hacia él se dirigían de ambos lados de la pista formaban una verdadera bóveda de flor y ramaje. Con un artístico coche que figuraba una «Sombrilla Imperio,» debido al notable caricaturista Sr. González y tripulado por seis mujeres hermosísimas de la aristocracia valenciana, sostuvo el rey una lucha reñidísima, que era saludada con repetidas ovaciones. El mismo artista presentó otro carro figurando una «Cesta volcada,» que en unión de algunos más sobresalieron notablemente.

Fué el día en el que pueblo y rey se compenetraron y se hermanaron sus simpatías. Puedo asegurar que en Valencia todos han alabado el carácter amable y democrata del rey, que ha sabido ganarse la buena voluntad de los valencianos.

En la histórica Sagunto y en el sanatorio de Porta-Coeli estuvo unas horas el día que emprendió su regreso. En el primero de estos sitios visitó las ruinas del teatro romano, y desde las troneras del castillo contempló el lugar donde fué proclamado rey su padre. Al alcalde de esta ciudad hizo donación de un millar de pesetas para que las distribuyese entre los pobres, y al de Valencia también le entregó diez mil pesetas más para el mismo objeto.

La despedida que se le tributó fué cariñosa. El puerto estaba ocupado totalmente por una muchedumbre inmensa y la dársena surcada por multitud de barquitas. Se levantó un templete que servía de embarcadero real y por allí descendió el rey.

Desde el templete formaban las barcasas del *bou* en línea de batería, dejando un amplio canal para facilitar el paso del rey. A dos cables de distancia se hallaban el yate real *Giralda* y el crucero *Cisneros*, que al aparecer el rey dispararon los cañonazos de ordenanza. En una canoa del yate, gobernada por él y conducida por ocho remeros, se trasladó el rey á su embarcación entre un nutrido aplauso, al que contestó desde el puente así que llegó á bordo.

Ya de noche, el *Giralda* levó anclas; y cuando el yate iba saliendo de la dársena aclamado y seguido por multitud de barquitas, sonaba la marcha real que las músicas de la guarnición entonaban en el muelle y el ruido estrepitoso de las campanas lanzadas al vuelo.

JULIO DE HOYOS.

(Fotografías remitidas por I. de Hoyos.)

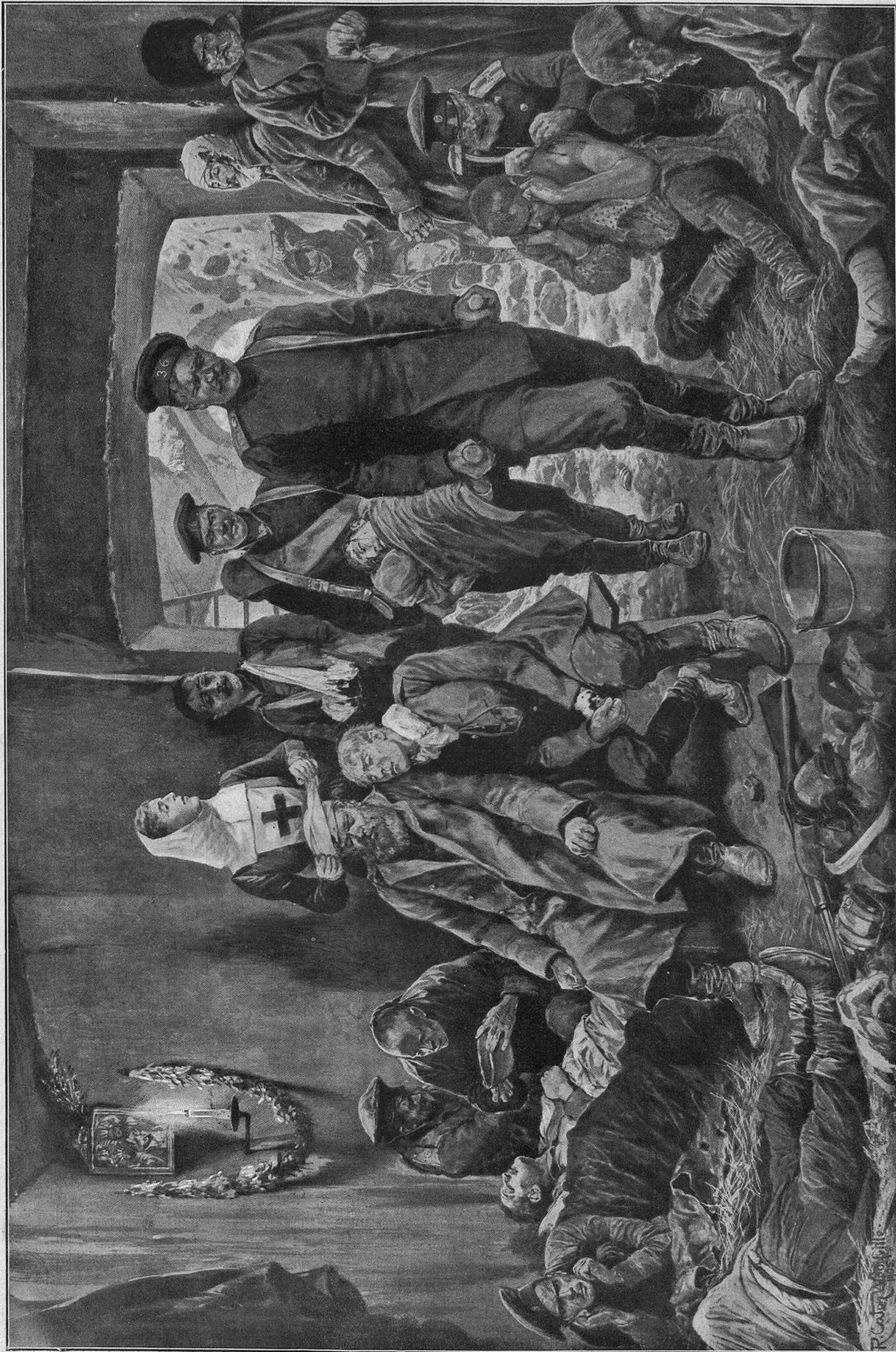


Batalla de flores. Carroza que el Ayuntamiento puso á disposición del rey y en la cual tomó éste parte en la batalla de flores

para tomar parte en la batalla. Este coche representaba una Fama monumental que se alzaba de la trasera y sostenía la regia corona; el cuerpo delantero lo componían dos leones. Esta composición, de ejecución acertada, ha sido ensalzada por todos.

Aunque no es la presente época la más á propósito para este festejo, porque escasea la flor, concurrieron mayor número de carrozas y carruajes adornados que nunca, ofreciendo la Alameda una animación más grande que cuando se realiza el espectáculo en el primer día de agosto como final de feria.

Desde que sonó el cañonazo anunciador del combate, puedo asegurar que D. Alfonso se divirtió aquella tarde. Tiraba los ramilletes á puñados, y en ocasiones le vi volcando los cestos enteros sobre las carrozas que le troteaban al pasar por delante de su tribuna. Vestía de paisano, y este detalle parece que



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Una ambulancia rusa en la Mandchuria. (Dibujo de R. Catón Woodville.)

Esta escena típica se desarrolla en una ambulancia ú hospital improvisado en una cueva á prueba de bomba en los campamentos militares. Todas las ambulancias y todos los hospitales ostentan los símbolos de la religión; así puede verse en el dibujo que reproducimos, en donde en un ángulo de la pobre estancia hay colocado un *icón*, delante del cual arde un cirio que, por virtud de las circunstancias de la guerra, reemplaza la lámpara de cristal colgada de una cadena que se emplea generalmente en Rusia.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Heridos y convalecientes rusos en una aldea de la Manchuria. (Dibujo de Gerlach sobre una fotografía.)

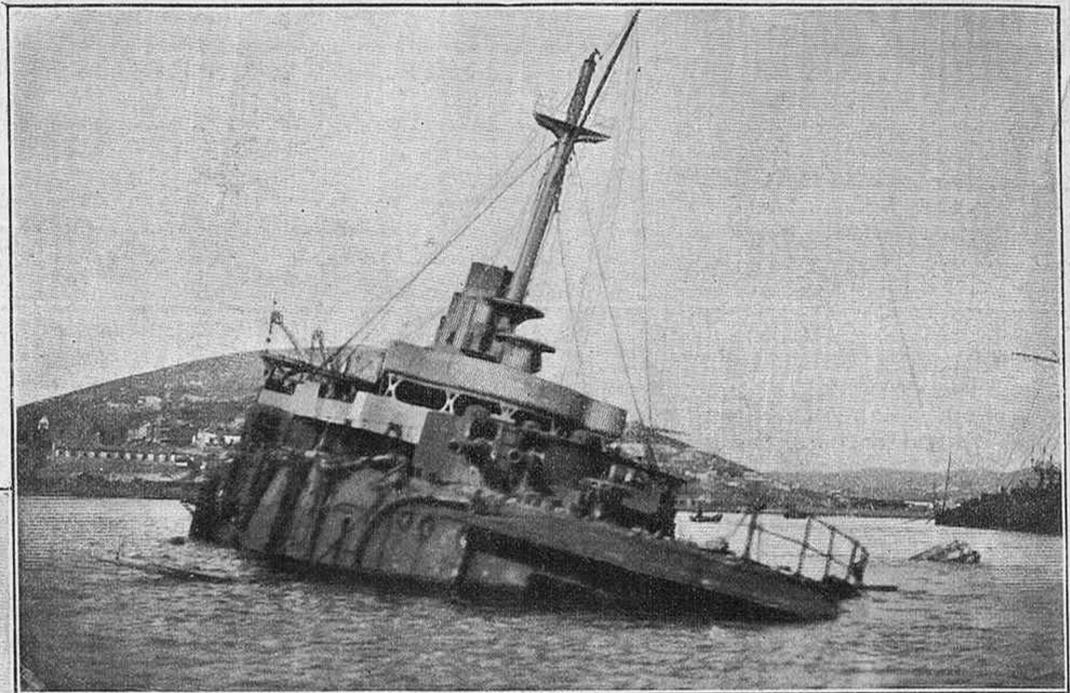
En el dibujo de la página anterior hemos visto una ambulancia rusa en donde son curados los heridos á medida que van siendo retirados del campo de batalla. El de esta página, original del celebrado artista alemán Gerlach, que ha tomado el asunto de una fotografía, representa la plaza de una aldea de la Manchuria en donde están reunidos los heridos y enfermos convalecientes que pronto serán dados de alta y no tardarán, por consiguiente, en incorporarse de nuevo á sus respectivos regimientos.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

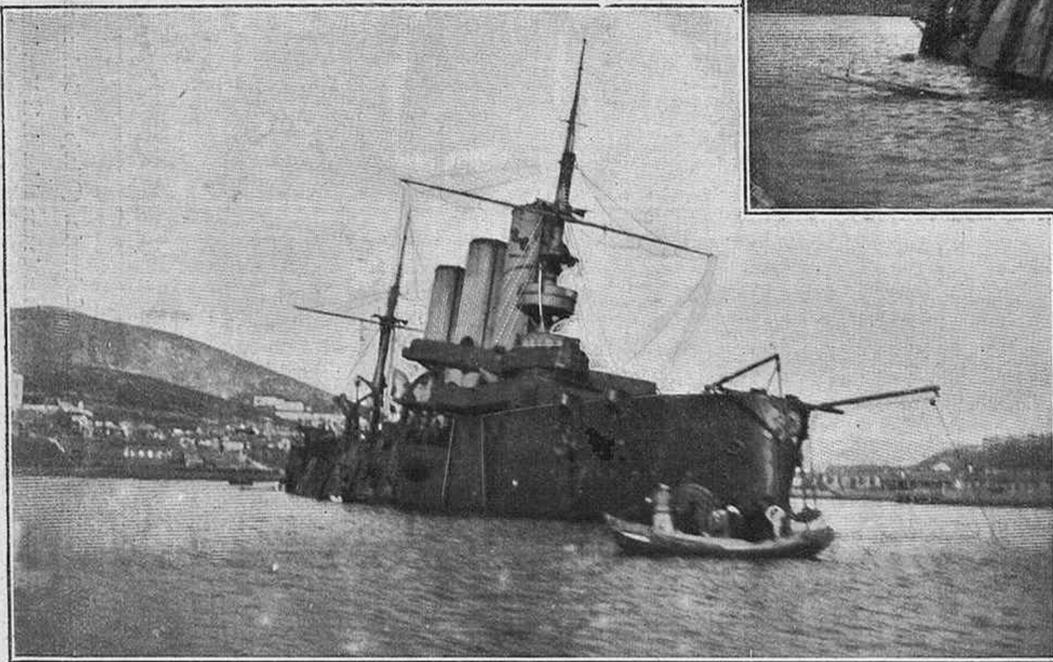
Muy pocas son las noticias concretas y positivamente ciertas que se tienen acerca de la marcha de la escuadra rusa que manda el almirante Rojestvsky y en la que se concentra en la actualidad todo el interés de la guerra. El objetivo de la misma no puede, al parecer, ser otro que el puerto de Vladivostok, para llegar al cual puede seguir dos rutas, una directa por el canal de Formosa y del estrecho de Corea, es decir, por dos pasos de poca anchura y de fácil defensa para los japoneses, puesto que éstos son dueños de las islas de los Pescadores y de Tsu-Shima, que constituyen excelentes puntos de observación; y otra por el Pacífico, dejando á la izquierda la isla de Formosa y las del Japón. Pero para llegar á Vladivostok por este último camino hay que atravesar el estrecho de Sungari ó el de La Perouse, que limitan la isla de Yeso, el uno al Sur y el otro al Norte, y que también pueden ser perfectamente defendidos por los japoneses.

Lo más probable es que el almirante Rojestvski seguirá esta segunda ruta, alejándose todo lo posible de las costas, á fin de que su marcha sea más difícilmente espiada, y dejando al almirante Togo en la incertidumbre acerca de cuál de los dos mencionados estrechos elegirá para penetrar

protegidos: *Kasagi, Chitose, Akitushima, Suma-Nitaka, Tsushima, Naniwa, Takachiho, Idzumi, Itsukushima, Matsushima* y *Ashidate*, y unos cincuenta contratorpederos. Pero además de esta flota de alta mar tiene el Japón multitud de pequeños cruceros, cañoneros y torpederos propios para la defensa de las



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El buque de guerra ruso *Pobieda* tal como estaba en la rada de Puerto Arthur cuando esta plaza cayó en poder de los japoneses (de fotografía).



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El buque de guerra ruso *Pallada* tal como estaba en la rada de Puerto Arthur cuando esta plaza cayó en poder de los japoneses (de fotografía)

en el mar del Japón. Suponen algunos que, en estas condiciones, el almirante ruso, antes de llegar á Vladivostok, atacará el grueso de la flota enemiga, jugando el todo por el todo, y una vez librado este combate naval que, fuese cual fuere su resultado, no dejaría de causar graves daños á la escuadra japonesa, se dirigirá con los buques que le queden al mencionado puerto y desde allí organizará excursiones análogas á las que con tan buen éxito realizaron los barcos del almirante Skrydlof en los meses de junio y julio del año pasado, dificultando los movimientos de los vapores encargados de transportar hombres, víveres y municiones para el ejército de la Mandchuria.

Falta saber si Togo se dejará sorprender por la estrategia de su adversario contando como cuenta con fuerzas más numerosas, con bases navales de operaciones diseminadas en todo el teatro de la guerra y principalmente con buques más rápidos y cuyos movimientos no se ven dificultados, como los de Rojestvski, por los barcos carboneros.

Según ciertas informaciones, el almirante ruso no muestra gran actividad por llegar á Vladivostok, suponiéndose que esperará en un sitio de antemano convenido la llegada de la división que manda el almirante Nebogatof, compuesta de cinco buques que constituyen un refuerzo no despreciable. Estos buques son: el acorazado de segunda clase *Nicolás I*, los guardacostas *Almirante Seniavine*, *Almirante Apraxine* y *Almirante Uchakoff* y el crucero acorazado *Uladimiro-Monomach*, barcos de mediano tonelaje y de poca velocidad, pero dotados, en cambio, de poderosa artillería.

De ser cierta esta suposición, el período de las operaciones activas no comenzaría hasta dentro de muchos días, pues el almirante Nebogatof aún se encuentra en el mar de las Indias y por consiguiente tardará bastante en reunirse con el grueso de la escuadra.

Según datos fidedignos, las escuadras rusa (cuando se haya reunido con la de Rojestvsky la de Nebogatof) y japonesa dispondrán de las fuerzas siguientes:

La rusa: cinco acorazados de 1.ª clase: *Suvarof, Alejandro III, Orel, Borodino* y *Osliba*; tres acorazados de 2.ª: *Nicolás I, Sissoi-Veliky* y *Navarin*; tres guardacostas: *Almirante Uchakoff, Almirante Seniavine* y *Almirante Apraxine*, tres cruceros acorazados: *Almirante Nakhimoff, Dmitri-Donskoi* y *Uladimiro-Monomach*; seis cruceros protegidos: *Jemiching, Sviatlana, Almaz, Aurora, Izumrud* y *Oleg*; y doce contratorpederos. A estos buques hay que añadir los tres que están en Vladivostok, á saber: dos cruceros acorazados, *Gromoboi* y *Rossia*, y un crucero protegido, *Bogatyr*. Además cuenta con doce cruceros auxiliares, pertenecientes á la flota voluntaria ó resultantes de la transformación de vapores mercantes, y que son, por ende, de escaso valor.

La japonesa: cuatro acorazados de 1.ª clase: *Fuji-Yama, Shikishima, Asai* y *Mikasa*, un acorazado de 2.ª: *Chin-Yuen*; ocho cruceros acorazados: *Asama, Tokiyama, Iwate, Idzumo, Azuma, Yakumo, Nissim* y *Kasuga*; once cruceros

pero no tienen importancia alguna, ni por los efectivos que en ellos toman parte, ni por las pérdidas que de ellos resultan. En cuanto al movimiento envolvente preparado por el generalísimo japonés y del que tanto se ha hablado, nada hay que lo confirme.—R.

Espectáculos. — *París.* — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le Duel*, comedia en tres actos de Enrique Lavedán; en el teatro Cluny *La chambre des baisers*, vaudeville en tres actos y cuatro cuadros de Marcos Sonal, y *Poussier de Sonal*, comedia en dos cuadros de Juan Canora; y en el teatro Antoine *Tante Leontine*, comedia en tres actos de Mauricio Boniface y E. Rodin.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *Sol, solet...*, drama en tres actos de Angel Guimerá; y en el Eldorado, por la compañía Mariani-Paladini, *Lulú*, comedia en tres actos de C. Bertolazzi.

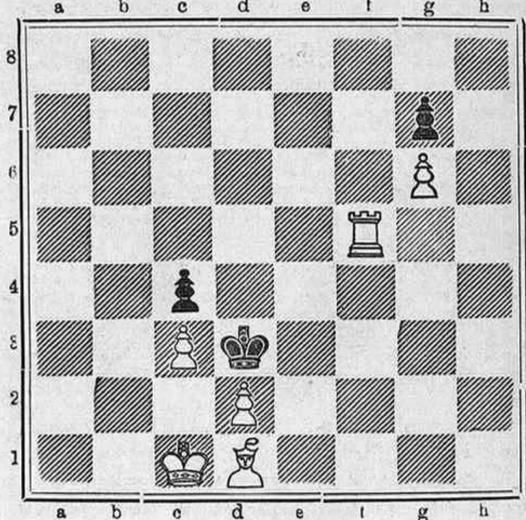
— En la «Asociación Wagneriana» se ha dado la tercera audición de la serie tercera del ciclo Beethoven, cuyo programa se componía de la sonata primera en *Fa mayor*, op. 5, n.º 1, y de la sonata segunda en *Sol menor*, op. 5, n.º 2, que fueron perfectamente interpretadas por los Sres. Doménech Español (piano) y Dini (violoncelo).

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 383, POR C. BAYER.

NEGRAS (3 PIEZAS)



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 382, POR W. A. SHINKMAN.

- | | |
|--------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A f7 - a2 | 1. Rh8 - g7 |
| 2. Dc2 - b3 | 2. Cualquiera. |
| 3. D mate. | |

VARIANTE

- | | |
|--------------------|-------------------|
| 1..... Ah6 - f8; | 2. Aa2 - b1, etc. |
| 1..... Otra jug.ª; | 2. Dc2 - b3, etc. |



UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Porque acabo de saber que es usted objeto de una abominable calumnia..., que emana probablemente de esa persona... Hay que saberlo. Es una infamia que pesará sobre toda su vida de usted si no hacemos algo en seguida.

—¿Qué pueden hacerme?., replicó Berta.

Y en sus pupilas empezó a brillar el relámpago de altivez que debía crecer hasta la rebelión.

—Me es indiferente, continuó, lo que la persona de que se trata pueda decir ó pensar de mí. No podrá impedirme sufrir mis exámenes ni ganarme la vida cuidando enfermos cuando sea doctora. Esto es todo lo que pido á la sociedad. En cuanto á mis amigos, que me vean vivir y que me juzguen.

—Precisamente porque la juzgan á usted, saben quién es y no pueden sufrir esas infamias que usted desprecia. Usted debe ayudarles á confundirlas, si no por usted, por ellos. ¿Sufriría usted que alguien dijese que yo había robado?..

—¿De qué me acusan, pues, que pueda compararse con un robo?..

El acento de Berta era amargo al hacer esta pregunta.

En el tono de Luciano y en las palabras misteriosas todavía, pero para ella muy claras, había visto el modo de pensar contra el cual se rebelaba su orgullo hacía cuatro años. Su tío, el republicano radical, y su maestro M. André, el socialista, á pesar de sus doctrinas sobre las imposturas de la Iglesia y las iniquidades del código, también la habían considerado como deshonorada porque se había entregado fuera de matrimonio, es decir, prescindiendo de esa Iglesia que ellos mismos calificaban de mentirosa y de ese código al que llamaban inicuo. ¿Por qué la habían condenado? Porque había tenido el valor de sus ideas.

Y estaba escuchando la misma sentencia de ostracismo, pronunciada con inconsciente ferocidad por el hombre á quien amaba...

—¡Ah!, respondió Luciano con un gemido, es todavía peor... Le acusan á usted... No puedo siquiera articular tan horrible cosa...

Y desgarrándose el corazón con sus propias palabras, tanta era la intensidad de su amor, siguió diciendo:

—Le acusan á usted de haber salido de casa de su tío, en Clermont, con un amante, de haber vivido con él, de haber tenido un hijo... Dicen que era estudiante de Derecho y que se llamaba Meján. Se cuenta que usted también estudiaba Derecho y que cuando regañó con su amante cambió de Facultad para no encontrarse con él. Se lo digo á usted todo... Mi padrastro es quien me ha contado todas estas ignominias todavía no hace dos horas... ¿Cómo ha sabido que nos vemos con frecuencia? No lo sé; nunca he hablado de usted ni en casa ni en ninguna parte. Pero lo ha averiguado y nuestras relaciones le han alarmado, de lo que no puedo hacerle un cargo. Lo que nunca le perdonaré mientras viva es haber entregado su nombre de usted á un agente de mala fe, que

le ha contado esas torpezas, sabe Dios después de qué averiguaciones... Puesto que usted sospecha de alguien, dígame su nombre é iremos á buscar-

le juntos, ó iré yo solo como amigo de usted... Si así no sacamos nada en limpio, yo buscaré por otro lado; yo sabré quién es ese agente y le obligaré á decirme dónde ha recogido todo ese cieno para manchar á usted... Quiero que mi padrastro pida á usted perdón por lo que ha dicho... No le volveré á ver antes...

Berta había tenido los ojos cerrados para no ver á Luciano hablar de ese modo, y había recibido en pleno corazón aquellas palabras que la herían en la carne de su carne.

La mujer enamorada estaba enternecida y desesperada al mismo tiempo por aquella absoluta confianza, prueba palpable de una pasión á prueba de sospechas, pero dominaba en ella otra impresión: la de protesta contra el prejuicio social tan violentamente expresado por las palabras de aquel hombre que tanto la amaba.

Por esto, la primera frase que pronunció cuando Luciano dejó de hablar fué como un acto para rechazar aquella protección y reivindicar una plena responsabilidad. No quería ser excusada ni perdonada.

—Doy á usted las gracias por la amistad que me demuestra, dijo, pero no participo de su indignación contra su padrastro. Ese señor no me conoce y se le han denunciado hechos que él ha podido legítimamente traducir como los ha traducido. La sinceridad de usted para conmigo me impone una franqueza semejante. Hay uno de esos hechos que no es exacto: cuando salí de Clermont, M. Meján no era mi amante. En cambio es verdad que he vivido con él en París en el primer año de mis estudios; es verdad que he tenido un hijo; es verdad que estudié Derecho y que adopté la Medicina para renovar toda mi existencia. En estos tres puntos su padrastro de usted ha sido bien informado.

—¡Usted!.. ¡Usted!..

Estas dos sílabas, dichas con acento de agonía, fueron la única respuesta que aquella terrible confesión arrancó al joven.

Su cara expresaba un estupor rayano en la demencia. Las lágrimas se secaron en sus ojos y retrocedió como para huir de una visión de espanto.

—¡Usted!.. ¡Usted ha hecho eso!., repitió con gran estupefacción Luciano.

—Sí, yo..., respondió Berta con la frente alta y cruzada de brazos con ademán altivo. Y si me acuso de algo, no es de haber obrado como lo he hecho, pues estaba en mi derecho y tengo conciencia de no haber faltado en nada á lo que me debía á mí misma. He debido, eso sí, decirle á usted esto el día en que

Y cogiéndole una mano que Berta no tuvo tiempo de retirar...

empezó nuestra amistad... He retrocedido..., no ante mis actos...

—¿Por qué no ha seguido usted callando entonces?, exclamó Luciano dolorosamente. ¡Ah! Debía usted haber tenido la caridad de prolongar esta ilusión, puesto que la había creado... ¿De modo que todo lo que he creído de usted era mentira? ¿Toda mi admiración, mi respeto, mi culto, eran locura?.. ¡Un amante!., repitió con rabia. ¡Un amante!.. ¿Qué daño, qué daño me hace esta idea!.. ¿Por qué no ha negado usted contra la evidencia?.. Yo no hubiera dudado de su palabra, mientras que ahora tendré que repetirme continuamente que ha sido usted la amante de ese hombre... ¿En quién he de tener ya fe? ¿En quién?.. ¡Yo, que tanto he creído en usted!..

—¡Calle usted, Luciano!., interrumpió Berta acerbándose á él y cogiéndole el brazo. Le prohibo á usted que me hable así...

Y había en ella tal expresión de protesta indignada, que Luciano, aunque los celos le retorciaban el corazón, la oyó en silencio seguir diciendo:

—No tiene usted derecho para hablarme así habiéndome visto vivir, pensar y sentir. ¿Me ha conocido usted una coquetería? No. ¿He pronunciado una palabra ni hecho un gesto que haya faltado al pacto de amistad de camaradas que formulé la segunda vez que hablamos?.. ¡Recuerdo tan bien aquel minuto!.. ¡Me sentía tan atraída hacia usted, y tan resuelta á no volverle á ver si me hubiera hecho el amor!.. ¿Le he dejado á usted hacérmelo?.. ¡Y de todas estas pruebas de mi lealtad, de todas estas evidencias de que no puede usted dudar, es decir, de que tengo un carácter, unas ideas y una conciencia, no existe nada, nada, nada!.. Ni siquiera se dice usted á sí mismo: «Esa mujer que me habla y que se reconoce responsable de ciertos actos, es, sin embargo, la misma á quien yo hace un momento estimaba lo bastante para no creer que hubiese cometido tales actos, á pesar del testimonio más abrumador. Por consiguiente, estos actos no significaban, no significan para ella lo que yo imaginaba.» Pues bien: sí, los he cometido, y no he creído faltar á un deber. Déjeme usted continuar, dijo insistiendo al ver en el joven un gesto de protesta. Esta es, sin duda, la última vez que hablamos y quiero, al menos, que me juzgue usted por los hechos tal como ocurrieron... Conoció á Meján—y al pronunciar este nombre cerró los ojos como poco antes los había cerrado al escucharlo, por un exceso de sufrimiento—en Clermont, en donde se preparaba para licenciarse en Filosofía, y lo encontré en

casa del Sr. André. No pretendo excusarme. Engañarse sobre el carácter de alguien es como engañarse en un diagnóstico; no se es responsable de ello. Pero tengo derecho á decir que si yo fuí engañada, también lo fué el Sr. André, que tenía ochenta años y era un profesor viejo que había tenido que haberse las con miles de jóvenes. También lo fué mi tío, y era un antiguo escribano de los tribunales muy poco dispuesto al optimismo... Hoy, que mis estudios médicos me han dado el sentido de los hechos, comprendo lo que entonces no supimos ver; que la inteligencia de aquel hombre era sólo fachada; su elocuencia no estaba alimentada de pensamientos y de verdad, pero tenía elocuencia y la ponía al servicio de doctrinas que eran las de mis dos educadores. Usted ha vivido siempre en París y no sabe cuán pocas ocasiones hay en provincias de hablar verdaderamente de ideas y con qué ardor se las aprovecha. No sabe usted tampoco hasta qué punto son fuertes los prejuicios del antiguo orden social, ni á qué soledad están condenadas las personas que se atreven, como mi tío, á profesar el colectivismo integral y á educar á una pupila, como él me ha educado, sin enseñanza religiosa. Mi tío había permanecido en su fourierismo de 1847, y yo había tomado un poco del uno y del otro. En aquel rincón lejano y atrasado nos sentimos arrastrados por el vasto torrente que dicen ha de barrer el abominable mundo antiguo. Juzgue usted lo que fué para nosotros la aparición de aquel joven que parecía destinado al más hermoso porvenir, que era tenido por sus maestros como el más brillante alumno y que nos desarrollaba con comunicativo entusiasmo las más modernas teorías de la Revolución. Meján había estado un año en Bruselas y había visitado á Eliseo Reclús, y este nombre, pronunciado por él, le revestía de una aureola de autoridad cuando nos celebraba la sociedad de mañana, compuesta de hombres y mujeres tan bien penetrados del principio de justicia, que toda legislación sería inútil. Nos mostraba la inteligencia libertada por la ciencia y por la destrucción de los dogmas, la miseria curada por la supresión de la propiedad, la solidaridad universal reemplazando al estrecho egoísmo de la patria, las fealdades del contrato matrimonial substituídas por la sinceridad del amor... Mi desgracia empezó en aquel cuartito en que he crecido y en el que aquel hipócrita disertaba de ese modo. Creí en él porque creía en esas ideas. ¿He sido culpable? Responda usted...

Y sin esperar la respuesta, tanta era su prisa de llegar al fin de la confidencia, continuó con voz velada:

—Cuando salí de Clermont, sin embargo, no había nada entre aquel hombre y yo más que mi admiración y su farsa. Los que han dicho que vine á París por seguirle, han mentido. Vine para estudiar Derecho, porque quería ser abogada y escribir después. Tenía otra razón y la diré. Mi tío había vivido con una criada, con la que se casó. Aquella mujer me odiaba y París era para mí la supresión definitiva de penosas escenas domésticas. Además, estaba emancipada, tenía mi pequeña fortuna y una gran confianza en la vida. La casualidad de una herencia hizo que Meján se instalara cerca de mí en el barrio latino para estudiar también Derecho y entrar en la política, y allí volvimos á encontrarnos... Yo estaba sola y aislada en esta gran ciudad, desorientada, á pesar de mis diplomas, y aquel hombre me conocía tan bien!.. Me persuadió de que me amaba. ¿Fuí también culpable en esto? ¿Lo fuí al pensar que era sincero cuando me proponía unir nuestras dos vidas para trabajar juntos, practicar la misma fe revolucionaria y establecer un hogar tal como los dos le concebíamos?.. Cinco meses después me había abandonado para vivir con una perdida, dejándome en la situación comprometida que usted sabe... ¡Atrévase usted á decir ahora que yo he sido quien ha faltado al honor! ¡Atrévase usted á decir que le he mentado, que no merezco que se tenga fe en mí, que ha sido usted loco al respetarme!.. ¡Atrévase usted!..

De ciertas confidencias, en las que un ser ha puesto el alma de su alma, se desprende una fuerza de realidad que no permite discusión.

Mientras Berta hablaba, esa fuerza se apoderaba de Luciano, que no trataba de resistir.

No dudaba de que las cosas hubieran pasado exactamente como las contaba la joven, y esa evidencia hacía que su indignación se trocase en una profunda tristeza que aumentaba á cada detalle explicado por la estudiante. Mientras ella hablaba, la veía tal como había sido en la estrecha vida de provincia, entre sus dos educadores, embriagándose con teorías demasiado fuertes para ella, tan joven, tan pura, teniendo ya su hermosa mirada entusiasta sin el fondo de tristeza que siempre le había él observado. Veía su primera llegada á París y sus primeros apuros. ¡Ah! Si entonces la hubiese encontrado él, en vez del libertino cu-

yos abominables manejos y cuya seducción ejercida sobre una huérfana indefensa hartó bien adivinaba, ¡cómo la habría protegido, apoyado y amparado! Entonces comprendió todos los matices de aquel carácter que tan bien había sentido aunque sin explicárselos; por ejemplo, la rudeza con que se dedicaba á sus estudios de Medicina y sobre todo á las secciones más secas, más duras de la misma, en los que buscaba el olvido de sus antiguas aficiones á la literatura y á sus funestos prestigios, que tan crueles desengaños le habían proporcionado. Y el conjunto de todo ello le resultaba un episodio de una existencia de mujer tan lamentable, el contraste entre la quimera de sus utopías y la miseria en que había venido á parar era tan brutal, que sentía el corazón traspasado. No necesitaba Berta invitarle á que no hablase como lo había hecho. La compadecía demasiado para hacerlo, y á aquella frase «Atrévase usted,» repetida con apasionado furor, el joven respondió con expresión de vencimiento:

—No, no lo digo... No puedo juzgar á usted; la creo... Lo que me ha dicho usted me prueba que he hecho mal en no esperar sus explicaciones. Pero el choque ha sido tan rudo... No la acuso á usted, no la condeno... Lo que he oído me hace sufrir como si me aplastase un gran peso... ¡Si al menos me hubiese usted hablado el día en que la conocí, ó me lo hubiese entonces explicado otro!.. No, usted, sólo á usted habría creído... Habría sido muy desgraciado, sí, pero no tanto...

—Le hubiera á usted perdido más pronto... Eso es lo que me ha detenido, el terror de encontrar en usted lo mismo que encontré en mi tío y en el señor André, esa disminución de estima contra la cual acabo de revolverme. ¿Y para qué?.. He sido cobarde... ¡Pero su amistad de usted me halagaba tanto!.. ¡Había tantos puntos en los que sentíamos y pensábamos lo mismo!.. Algunas veces pensaba que también acerca de ese asunto opinaría usted algún día como yo, y entonces...

Y al decir esto movió la cabeza sin terminar aquella frase enigmática, como si quisiera exorcizar la visión que de nuevo acudía á tentarla.

—Otras veces, añadió, veía claramente lo que nos esperaba; el abismo en que ahora estamos... Pero el camino era dulce, una especie de oasis en mi horrible desierto, al que tengo que volver. Adiós, Luciano; le he dicho á usted cuanto tenía que decirle. Esta explicación me ha aniquilado y no me siento bien... Déjeme usted. Adiós...

—Adiós, respondió el joven.

Y cogiendo el sombrero, dió un paso hacia la puerta, se quedó inmóvil con la mano en el picaporte y dijo después volviéndose hacia ella:

—No puedo dejar á usted así y marcharme después de las palabras que acaba usted de pronunciar y que indican que considera usted nuestra intimidad como concluída. ¡No! No puedo...

Tuvo otro momento de indecisión, y cogiéndole una mano, que Berta no tuvo fuerza para retirar, dió con un acento que expresaba toda su pasión y toda su tristeza:

—No puedo, Berta, porque la amo á usted...

La joven le oyó con la cabeza inclinada y la mirada fija. Sus pupilas se apagaron de pronto, sus facciones se descompusieron y una palidez profunda invadió su semblante. Luciano sintió que aquella manita febril se helaba en la suya, y sólo tuvo tiempo para sostenerla en sus brazos, presa de un síncope que denunciaba la intensidad de sus emociones é indicaba su amor más ciertamente que una declaración. El joven la llevó á la estrecha banqueta enfundada, y arrodillado al lado suyo, empezó á llamarla por su nombre con espanto pronto cambiado en ternura apasionada cuando Berta abrió los ojos y en lugar de retirar la cabeza sostenida en su brazo, la apoyó en su hombro como para buscar en él un asilo y una protección.

—Berta, dijo Luciano con acento suplicante, el momento es solemne. Si me ama usted también, dígame... ¿Me ama usted?.. ¿Me ama usted?..

—Sí, respondió Berta con voz tan débil, que Luciano más bien vió que oyó la respuesta en aquella boca temblorosa.

Su corazón, en tanto, latía con tal fuerza, que le quitaba el aliento para hablar.

Seguía arrodillado y contemplaba aquella cara deliciosa, aquellas mejillas un poco demacradas que á veces le habían alarmado, aquella frente que había visto inclinada hacia libros austeros como aquellos que estaban en la mesa á pocos pasos de ellos; aquellos finos labios, que, tantas veces abiertos para pronunciar frases severas ó dolorosas que contrastaban con su gracia, acababan de exhalar el suspiro más dulce y más espontáneo en que el alma de una mujer puede dejar escapar su secreto.

El joven experimentaba la sensación de estar sumido en una embriaguez en que todo se abolía excepto ellos dos, ella y él, excepto aquella frágil criatura cuya emocionada respiración escuchaba, excepto aquellos ojos y aquel amor. Eran aquellos ojos tan hermosos, tan tristes, que Luciano se inclinó irreflexivamente para cerrarlos con una caricia. Su turbación creció, y su boca buscó la de la joven; pero á ese contacto, apenas iniciado, Berta dió un grito y se irguió de repente con el terror impreso en todas sus facciones.

No necesitó rechazarle, pues también él se puso en pie, pálido como un muerto. El mismo pensamiento había surgido entre ellos, y los dos se miraron sin hablar, pero sabiendo muy bien qué fantasma acababa de separarlos.

—Ya lo ve usted, dijo al fin Berta. Tenía yo razón; esta conversación debe ser la última. Váyese usted, Luciano, por piedad, si no quiere que me muera de pena y de vergüenza delante de usted...

Y había impreso tal sufrimiento en su fisonomía, en su actitud y en su acento, que esta vez el joven obedeció y salió del cuarto para huir de ella, para huir de sí mismo, para huir del recuerdo del otro, que había aparecido de repente en su primera caricia.

V

ESPONSALES

En los cuatro años que llevaba instalada en aquella pieza solitaria de la calle de Rollín, Berta había conocido muchas horas de amarga meditación, pero jamás tan tristes como las que siguieron á aquella violenta y rápida escena comenzada por la confianza absoluta de Luciano, continuada por aquella rebelión indignada y terminada por uno de esos actos casi locos en que se manifiesta el frenesí incontrastable del amor, por una explosión de apasionada ternura. Durante toda la noche sintió el anonadamiento que acompaña á los accidentes terribles.

El joven habíase marchado hacía mucho tiempo y Berta seguía sentada en la silla en que siempre trabajaba, con la cabeza entre las manos y sin mirar sus libros, sus grabados anatómicos ni sus instrumentos de una labor árida y en la cual, sin embargo, había encontrado el sosiego de tantos trastornos. Pero ahora no hallaba en ellos el calmante de aquella desesperación que aumentaba á medida que las sombras iban invadiendo la estancia.

Tinieblas más horribles le ahogaban el corazón, pero no por haber confesado la funesta aventura de su juventud. Aunque siempre había temblado ante la idea de tal confesión, siempre la había previsto; pero la preveía enteramente voluntaria, hecha en el momento fijado por ella, con el tiempo suficiente para explicar en sus menores detalles una situación demasiado excepcional, demasiado mezclada con la historia entera de su vida. En vez de esto, atacada de improviso, trastornada, puesta fuera de sí, sólo había podido dejar escapar en confuso tropel, gemir más bien, aquella confesión.

¿Qué habría pensado Luciano? ¿Cómo no había de despreciarla, sobre todo por la confesión de su nuevo amor, que, en el exceso de su emoción, no había podido contener? El remordimiento la torturaba por haber sentido aquel minuto de desfallecimiento, por haber pronunciado aquel «sí» irrevocable, apoyada la frente en el hombro del joven y recibido aquel beso en los ojos y en los labios.

Se había abstraído á aquellas caricias muy tarde, cuando la fiebre de su sangre le había advertido que estaba á merced de Luciano. Dentro de una hora, mañana, volvería y ella le resistiría una vez, tres, pero acaso acabaría por ceder... Y entonces no sería ya la mujer que se enorgullecía en ser desde su rompimiento con Meján, la que tiene derecho á considerarse como dignas unas relaciones irregulares si son únicas. Las antiguas verdades morales concuerdan de tal modo con las necesidades de nuestra persona, que las almas de buena fe las afirman á pesar suyo aun en el momento en que las niegan. Aquella teórica de la unión libre tenía necesidad, para conservar la estimación de sí misma, de practicar las virtudes de fidelidad que la Iglesia impone á la esposa cristiana aun en el caso de la separación más justificada. La perspectiva de faltar á ella la confundía de vergüenza, aumentada por la idea de los sentimientos que Luciano abrigaría, que sin duda abrigaba ya respecto de ella.

Por un rencor vengador contra la falsedad de sus antiguos sueños, Berta había querido leer todos los libros en que los impulsos del amor son considerados desde un punto de vista exclusivamente patológico, y sabía que, por una lamentable ley de la sensualidad masculina, los celos obran en ciertos hom-

bres como una imagen impura y turbadora. Y si de nuevo caía, no podría ya invocar, como hasta hoy, que había vivido fuera de la ley con tanto ó más respeto de sí misma que si hubiera aceptado las más rígidas conveniencias sociales... Y, entonces, ¿a qué porvenir se encaminarían los dos?

No había salido para ir á comer, por miedo de encontrar á Luciano.

Tampoco se atrevió en aquella larga noche á encender la lámpara, para que si subía Luciano no viese luz y no llamase con voz suplicante. Acostada á obscuras y vestida en la estrecha banqueta, acabó, sin embargo, por caer en un sueño tardío y febril.

Cuando se despertó á las seis, como tenía por costumbre en su vida uniforme, su ansiedad seguía siendo la misma, pero un nuevo proyecto empezaba á dibujarse en su mente.

¿Nuevo? No. Varias veces ya, cuando menudeaban los encuentros con Meján y éste la miraba como si quisiera hablarle, había visto Berta un medio posible para escapar á aquella obsesión del pasado: dejar París, cambiar de universidad; pero su orgullo la había siempre contenido. Era Meján quien debía avergonzarse y huir de ella.

Hoy no se trataba ya de una lucha de amor propio con el miserable, sino de saber si la grata intimidad de aquel último año quedaría sepultada en una unión que á sus ojos y desgraciadamente á los de Luciano no sería la primera, ó si conservaría en el recuerdo del joven la estimación á la que aún tenía derecho. Marcharse después de haber sostenido su amistad en aquella alta atmósfera, ¿qué prueba más indiscutible podía dar de su sinceridad?

Luciano había visto que la amaba y comprendería que no había consentido en ser suya precisamente porque le amaba. Y al esbozar en su imaginación aquella novela de su fuga lejos de aquel hombre á quien adoraba, su sufrimiento de la víspera se trocó en el aniquilamiento de los supremos sacrificios. Poco á poco ese proyecto se hacía más preciso y en su mente se presentaban los nombres de Nancy, de Montpellier. La primera de esas universidades le interesaba por la originalidad de los estudios psicológicos que en ella se hacen. En la segunda enseña el ilustre clínico del hospital de San Eloy, el autor de los *Límites de la biología*, cuya doctrina, tan contraria á las suyas, ejercía en ella una fascinación de curiosidad.

En esas dos poblaciones habría al principio cierto movimiento de extrañeza respecto de ella, que sería la única mujer estudiante, y después mucha malevolencia cuando descubrieran la existencia de su hijo Claudio, á quien había puesto el nombre del célebre fisiólogo á quien tanto admiraba.

¿Pero qué eran esas pequeñas dificultades al lado del suplicio de ver á Luciano despreciarla entre sus brazos? Esa imagen la decidió de repente y su resolución quedó tomada... Sí, se marcharía y sin tardanza. Si quería realmente evitar aquella caída cuyo horror y cuyo vértigo á la vez sentía, era preciso que la conversación del día antes fuese, en efecto, la última.

¿Por qué no desaparecer aquel mismo día, encargando de su mudanza á la portera, por ejemplo?... Dentro de un mes, cuando Luciano la creyera definitivamente ausente, volvería á recoger los muebles...

¿Qué haría él entonces? Toda la voluntad de la joven se empleaba en no permitir que esa pregunta se formulara en su pensamiento, para que no desfalleciesen sus fuerzas. Decidida á que no pasase el día sin tomar una resolución definitiva, tuvo la energía de poner en seguida por obra su plan.

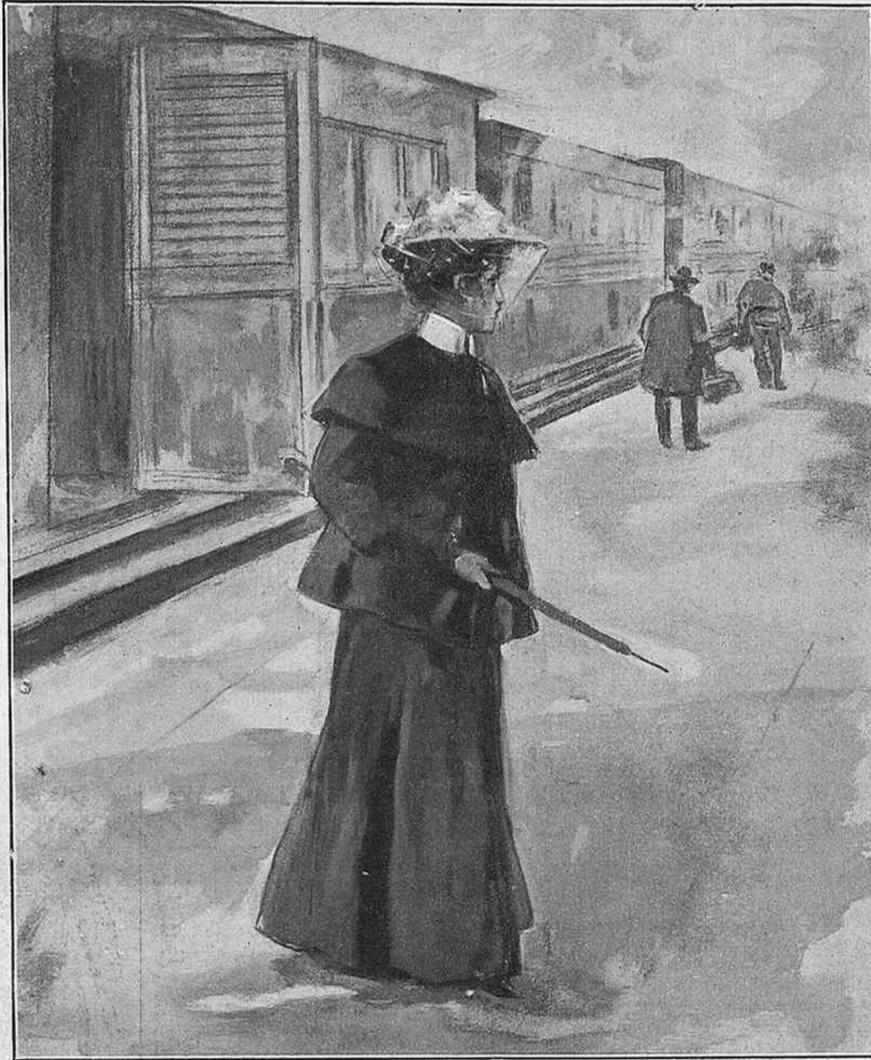
Había en el hospital un interno originario de Montpellier que debía asistir á la amputación del enfermo número 32, el de la frase estoica. ¿No sospechaba ella que tan pronto había que repetirla por cuenta propia!..

Berta se dispuso á ir al hospital como siempre. A pesar de todos los razonamientos, su corazón palpitaba agitado cuando pasó por la portera. ¿Había en el cajón que le estaba reservado alguna carta

de Luciano?.. ¿La estaría él mismo esperando en el camino?

En el cajón no había carta alguna... Luciano no estaba en la calle... Por aquella mañana, Berta estaba libre.

Esta seguridad hubiera debido calmar un poco su inquietud. Pero no. Por una falta de lógica muy legítima, la enamorada había deseado secretamente aquella peligrosa presencia, mientras la parte razo-



Al bajar del tren aquel día no podía pensar...

nable de su ser la temía hasta el punto de sugerirle el destierro.

La idea de que el joven no se había acercado á ella después de haberse separado de aquel modo, la desgarraba como una flecha que se hunde más en la carne á cada movimiento.

Ejecutó exactamente, como era el rasgo saliente de su carácter, todos los actos que se había propuesto: la visita al profesor Louvet, el interrogatorio del interno de Montpellier, á quien dijo que se trataba de una amiga, acerca de las condiciones de la vida de su tierra.

Pero su pensamiento estaba lejos de todos esos actos maquinales y una hipótesis siniestra acababa de ocurrírsele entre otras veinte.

Sucede todos los días que una revelación repentina precipita al suicidio á un hombre que ama. ¿Se habría matado Luciano al salir de su casa abrumado por el dolor de su confesión y sin fuerzas para soportar lo que había averiguado? Ya le vió tendido en medio de una estancia, ensangrentado, empuñando aún con mano crispada la pistola que llevaba cuando de noche iba por el barrio solitario del Luxemburgo.

En vano se demostraba que esa catástrofe era imposible y que nadie se mata cuando sabe que es amado. Poseída de esta angustia asistió á la amputación, y una vez terminada, se dirigió á la fonda de la calle de Racine.

Hubiera debido no ir allí tampoco aquella mañana para permanecer dentro de su resolución, pero se apresuraba á llegar con la esperanza de que Luciano hubiera ido á continuar la conversación que ahora tenía que, en efecto, hubiera sido la última.

Luciano no había ido. Y al volver á su casa de la calle Rollín, la portera le contó que un caballero se había presentado á preguntar si el Sr. Chambault se había instalado en casa de la señorita Berta Planat.

—Un señor de cincuenta años, canoso, condecorado y con un aspecto muy distinguido.

—¡Es el padrastró!, pensó Berta. Cuando ha venido á buscarle aquí es que Luciano no ha vuelto á su casa...

Y, por un instante, aquella ausencia de la casa paterna pareció á la desgraciada una prueba sin réplica. Pero su sentido de los hechos le permitió en seguida oponerse esta objeción:

—Luciano hubiera escrito á su madre. No, no se ha matado... Está sufriendo. No ha querido ver á su padrastró porque no puede defenderme y se ha ocultado en cualquier parte á devorar su dolor. De un momento á otro se presentará y es preciso que yo me haya marchado.

Esta voluntad, que persistía automáticamente á través de tan crueles agitaciones, determinó á la joven á dar aquella tarde un paso muy sencillo. En él debía encontrar, con gran sorpresa suya, una razón imperiosa para no marcharse y la prueba palpable de que su terror de por la mañana había sido una de las semialucinaciones familiares al amor. ¡Está tan cerca de la locura el amor cuando teme! Incapaz de soportar la idea del menor peligro para aquel á quien se ama, crea este peligro ante el indicio más vago y más fugaz.

Aquel paso fué una visita á Moret. Si Berta salía de París al día siguiente, pues ya no se trataba de marcharse en el mismo día, necesitaba entenderse con las personas que cuidaban á su hijo. Hacía aquella excursión todos los domingos y, desde que trataba á Luciano, cada una de estas ausencias había sido para ella un suplicio, pues el joven podía extrañar que desapareciese regularmente una tarde todas las semanas. Tenía que tomar el tren á las dos, para estar en Moret á las cuatro y volver á las ocho. Además, y este era un signo, entre otros, del error en que había vivido, las visitas al niño Claudio no le producían más que amargura. El instinto animal no basta, para las criaturas cultas y refinadas como ella, en las relaciones de madre á hijo, como no bastan tampoco en las de mujer á hombre, y necesitan cultivar y ennoblecer esos sentimientos en la familia.

Sin la familia, una mujer no es completamente madre y no hay familia fuera de ciertas condiciones establecidas por la naturaleza misma y que no dependen de los códigos escritos ni de las fantasías de nuestra inteligencia, sino que existen fuera de nosotros y, si las desconocemos, contra nosotros. Berta las había desconocido, y por esto no llegaba á complacerse en aquel hijo al cual amaba, sin embargo, y respecto del cual se consideraba responsable.

Estas reflexiones se asociaban siempre en ella al aspecto de aquel pueblo apacible y gris, á orillas de su lento río y con su larga calle central que termina en una puerta del tiempo de Carlos VII.

Al bajar del tren aquel día no podía pensar en otra cosa que en aquella siniestra posibilidad de un suicidio de su amigo y, en todo caso, en las angustias de su partida, de la que aquella visita á Moret era la primera etapa.

En este estado de sensibilidad vencida entró en la casita pintorescamente apoyada en un resto de muralla y con una huerta en la pradera, en donde su hijo vivía.

Los propietarios, el señor Bonnet y su mujer, eran unos domésticos retirados que habían cobrado cariño al niño al verle en casa de la nodriza, que vivía al lado. Esta mujer tuvo que salir de Moret y Berta pidió á los Bonnet que se encargasen del niño. Estos aceptaron y nunca se habló entre ellos del secreto del nacimiento de la criatura.

En sus conversaciones y en sus cartas la llamaban señora, por una necesidad de respetabilidad burguesa que la libertaria no se había atrevido á contrariar. ¿Qué pensaban de su historia? Varias veces se lo había Berta preguntado á sí misma, al ver la mirada inquisidora que el antiguo ayuda de cámara fijaba en ella. Pero ¿qué le importaba? Aquellas gentes eran buenas para su hijo que distraía su soledad, y la pequeña pensión que por su cuidado recibían aumentaba algo su presupuesto de ingresos.

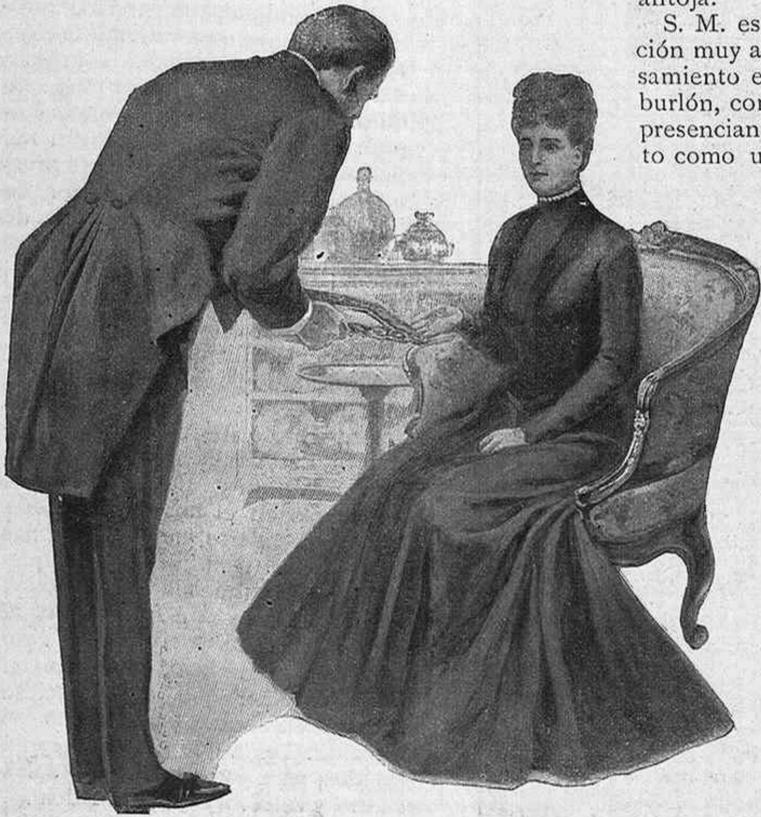
(Continuad)

LA ADIVINACIÓN DEL PENSAMIENTO.—ALGUNOS EXPERIMENTOS NOTABLES REALIZADOS POR MR. CUMBERLAND

Sea arte, ciencia, habilidad ó lo que fuere, es lo cierto que la adivinación, lectura ó interpretación del pensamiento ajeno es una realidad. Díganlo, si no, los innumerables experimentos realizados por el famoso Mr. Cumberland ante toda clase de públicos y con toda suerte de personas, experimentos que han llevado el convencimiento al ánimo de los más incrédulos y de cuya verdad responden, no ya los sujetos que á ellos se prestan en exhibiciones teatrales, sino personalidades que por su posición elevadísima, como monarcas, estadistas, literatos, etc., están á cubierto de toda sospecha de complicidad ó confabulación con el célebre adivinador. Según este mismo dice, el pensamiento del sujeto se le transmite materialmente por el contacto de la mano, y aunque esta explicación es muy vulgar, tal vez por esta misma circunstancia sea la verdadera y única; al fin y al cabo, no resulta más increíble que la que se da para explicar la telegrafía con ó sin hilos. Mr. Cumberland ha publicado una especie de «Memorias» en las cuales relata varios de sus experimentos más notables, ejecutados con elevados personajes y en la intimidad; de ellos tomamos los tres que van á continuación, referentes á la reina Alejandra de Inglaterra, al príncipe heredero de Grecia y á Mr. Gladstone.

LA REINA ALEJANDRA DE INGLATERRA

Aunque la reina de Inglaterra me había hecho el honor de asistir á algunas de mis representaciones



Fuéle concedido á Mr. Cumberland el privilegio de practicar varios experimentos de adivinación del pensamiento con S. M. la reina Alejandra. En el primero, pensó la reina en cierta fotografía que en un marco estaba en una de las habitaciones del piso superior del palacio y comunicó su pensamiento al príncipe Jorge de Grecia. Mr. Cumberland, cogiendo la mano de éste, subió corriendo las escaleras, sin la menor vacilación, y trajo el marco con la fotografía, que entregó á la reina.

públicas, no había tenido yo el de hacer con ella personalmente experiencias hasta que visité el castillo de Bernstorff, cerca de Copenhague.

Era en la época de las fiestas con motivo de las bodas de oro de S. S. M. M. los reyes de Dinamarca.

Entre los que formaban parte de la concurrencia estaban el emperador Alejandro III y la emperatriz, los reyes de Dinamarca, la reina Alejandra de Inglaterra, entonces princesa de Gales, los príncipes herederos de la corona de Dinamarca, la princesa Matilde de Gales, los duques de Cumberland, el príncipe Jorge de Grecia y el gran duque Miguel de Rusia.

Encontré en la reina Alejandra un sujeto verdaderamente admirable, lleno de sugerencias muy interesantes. La sugestión de S. M. fué que buscarse y hallase una cosa en que pensaba y que estaba en otra de las habitaciones del castillo. La reina se lo comunicó al príncipe Jorge de Grecia. Cogió la mano de S. A. R. y salimos, subimos corriendo las escaleras y penetramos en una habitación, y de encima de un tocador tomé una fotografía, colocada en un marco. Volví con ella y se la entregué á S. M. Era efectivamente el objeto en que había pensado; un retrato del difunto príncipe Eduardo de Gales. Era su voluntad que lo trajese y se lo presentase. S. M. me felicitó con mucho calor por el feliz éxito de mi experimento. Otros que también practiqué con ella salieron asimismo completamente bien.

La reina Alejandra tiene un encanto sin igual en sus maneras, que cautiva los corazones. Es tan afable, tan bondadosa, de tanto tacto y tan por completo sincera, que fácilmente se comprende el afecto grande que inspira en seguida y que resulta tan duradero. Es muy caritativa y su corazón con facilidad se conmueve. Le gusta hacer bien y nunca se siente tan dichosa como cuando los demás también lo son.

EL PRÍNCIPE HEREDERO DE GRECIA

El rey de Grecia es un monarca excesivamente afable y sin pretensiones. En sus gustos y en su ca-

rencia de afectación se parece mucho á su padre, el rey de Dinamarca; como á él, le agrada mezclarse con su pueblo y pasear en carruaje con ó sin escolta montada, ó á pie, solo ó acompañado, según se le antoja.

S. M. es un excelente poliglota y de conversación muy agradable. Como sujeto para leer el pensamiento es muy á propósito, pero tiene algo de burlón, como si quisiera hacer creer á los que lo presencian que está tan enterado del procedimiento como uno mismo, si no más. Y en efecto, el rey y varias personas de su familia han hecho con éxito algunas de mis experiencias. Entre las familias reales é imperiales del universo tengo muchos imitadores.

Como ejemplo de lo cuidadoso que es, diré que en una recepción en el palacio del príncipe heredero, en Atenas, se me pidió que hiciese uno de mis experimentos de dibujar el pensamiento teniendo por sujeto á dicho príncipe, que es realmente un hábil artista. Trajeron un pedazo de papel, y, después de buscarlas un rato, unas pequeñas puntas de París, pero no había martillo. El príncipe heredero, después de muchas pesquisas, pudo hallar uno en otra habitación.

El rey, con quien había hecho yo antes algunas experiencias con éxito, contemplaba los preparativos con alguna curiosidad y al parecer no sin cierta inquietud. Era evidente que en su interior se hacía esta pregunta: «¿Dónde van á clavar ese papel?» Las grandes hojas de las puertas estaban hermosamente esmaltadas y con resplandecientes molduras doradas, y las paredes de la habitación hacía poco que habían sido pintadas y decoradas. Clavar aquel papel allí parecía á S. M. algo fuerte.

Pero el príncipe heredero ya había resuelto dónde ponerlo. Encuadraba perfectamente en uno de los esmaltados entrepaños de la puerta, pero antes de que pudiera clavar el primer clavo, se levantó el rey y le dijo que no le parecía bien que se estropeara aquella. S. A. R. contestó que eso no valía la pena y que los agujeros hechos por los clavos podían fácilmente rellenarse, y sin aguardar á más, el príncipe, sosteniendo yo el papel, clavó en cada ángulo una punta de París.

Parece que S. A. R. quiso hacer una prueba por el estilo de la que hice con su tío Eduardo VII: el elefante en que pensó éste salió de mis torpes manos más parecido á un puerco que á otra cosa. El príncipe heredero de Grecia, como luego quedó demostrado, pensó en un puerco de verdad, no de los de las razas escogidas, sino en uno vulgar de esos que en los juguetes los niños conocen al instante; y es de notarse que S. A. R. pensó también en el rabo, que, en mi opinión, es lo que mejor ha salido.

El rey, con su franqueza, sencillez y buen sentido práctico, parece hecho de molde para los griegos; es justamente el gobernante que en las actuales circunstancias necesitan.

El príncipe heredero, aunque no tiene las gigantescas proporciones de su hermano el príncipe Jorge, es físicamente un buen mozo. Es un cabal soldado y ha probado ser un hábil jefe en campaña. Estudia con mucha atención la política del día y es un lector asiduo. Su carácter es serio, casi adusto, y no le agradan las frivolidades comunes de la vida.

Su pensamiento constante es la prosperidad del reino que un día ha de regir. Tal vez sea demasiado grave, demasiado autoritario, para su edad y para el carácter ligero de los griegos; pero todas las clases sociales le respetan mucho y con el tiempo será un rey entendido y justo.

MR. GLADSTONE

He hecho mis experimentos pública y privadamente, en muchos sitios extraños y fuera del uso co-

riente. A mi disposición se han puesto aulas de Universidades famosas, teatros reales, una iglesia, el salón de baile de una embajada, las ruinas de un castillo y el salón de redacción de un afamado periódico. He practicado privadamente mis experiencias con un arzobispo en su palacio, con un obispo en una antigua catedral, con monjes en su monasterio, con mullahs en su mezquita, con personas reales en sus palacios, con salvajes en sus cabañas, con criminales en las cárceles y con otros muchos más de todas clases.

Pero de lo que más me enorgullezco es de mi representación en la Cámara de los Comunes. Aquella histórica sesión tuvo lugar en el salón de fumar, y á ella asistieron los jefes y diputados de todos los partidos. De tiempo en tiempo se representan en aquella Cámara ciertas escenas más ó menos dramáticas, que sirven para distraer un poco de la monotonía de sus diarias tareas.

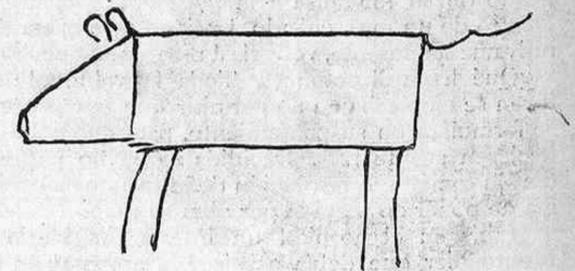
Mi representación fué la primera en que haya representado un extraño á la Cámara y tal vez sea la última; lo que es de sentir, porque una serie de representaciones por famosos actores contribuiría mucho á alegrar el fastidio de la vida parlamentaria.

Mi sujeto principal en aquella sesión que, dicho



En una sesión de adivinación del pensamiento ajeno, ante el rey de Grecia, el príncipe heredero y Mr. Cumberland iban á clavar un pedazo de papel en una puerta, cuando el rey se opuso, protestando de que se estropeara ésta. Vió Mr. Cumberland en ese extremado cuidado en pequeñeces, un rasgo típico del carácter del rey.

sea de paso, fué dispuesta por M. Enrique Labouchere, fué el muy honorable Guillermo E. Gladstone, entonces primer ministro, quien miraba la cuestión de la lectura del pensamiento con aquel espíritu in-



Bosquejo de un puerco, dibujado por medio de la adivinación del pensamiento por Mr. Cumberland en el palacio real de Atenas.

vestigador y aquella actitud de semi-incredulidad, semi-simpatía, que le era peculiar.

Desconfiaba de ser un buen *sujeto*, pero deseaba hacer el experimento, poniendo de su parte cuanto pudiese.

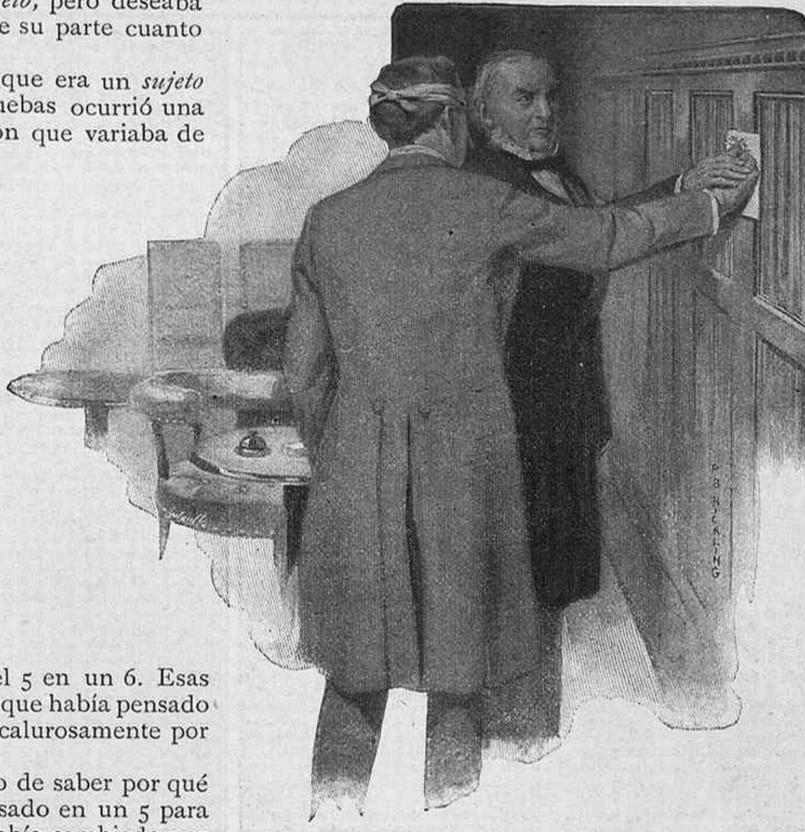
En realidad, me encontré con que era un *sujeto* excelente; pero en una de las pruebas ocurrió una cosa que demostró la facilidad con que variaba de pensamiento y la prontitud con que daba el porqué.

Mr. Gladstone se había comprometido a pensar unos números y yo debía escribirlos correctamente y en el mismo orden en que los fuera pensando, sin señalar cuántos.

Inmediatamente escribí un 3, que dijo Mr. Gladstone era exacto; siguió un 6, que también lo era. Luego, transmitiéndome mi *sujeto* la cifra 5, principié a trazarla, pero en aquel momento me encontré con que Mr. Gladstone cambiaba de idea y que pensaba en un 6. Entonces me detuve y le rogué que concentrase toda su atención en la cifra que quería que trazase. Así lo hizo, y yo, sin titubear, transformé en seguida el 5 en un 6. Esas cifras formaban el número total en que había pensado Mr. Gladstone, quien me felicitó calurosamente por mi acierto.

Naturalmente, tenía yo el deseo de saber por qué Mr. Gladstone había primero pensado en un 5 para tercera y última cifra, y luego la había cambiado por un 6. Su explicación fué la siguiente:

—Primero pensé el número 365, que es el de los



Quando Mr. Cumberland hizo un experimento de adivinar el pensamiento de Mr. Gladstone, vió que era éste un *sujeto* excelente, pero que variaba fácilmente de pensamiento.

días del año; pero cuando usted hubo puesto el 3 y el 6, me figuré que usted pudiera haber caído en la cuenta de que eran los días del año y pusiera el 5. Entonces me acordé que este año era bisiesto y por lo tanto tenía 366 días en vez de 365, y en el 6 me fijé para la tercera cifra, y usted, de un modo maravilloso, ha adivinado mi primero y segundo pensamiento.

Después de la sesión, Mr. Gladstone se engolfó en una larga y erudita discusión con varios miembros del gabinete y diputados de la oposición respecto á la teoría de las probabilidades aplicada á mis experiencias. Según sus cálculos, eran varios millones contra una unidad las probabilidades de que pudiera acertar las cifras que había pensado, incluyendo el cambio del 5 por el 6.

En todos mis viajes no he visto á nadie que se igualara á Mr. Gladstone. Era positivamente un ser excepcional. Su voz y sus maneras eran sumamente atractivas, y su mano tenía la suavidad y nerviosa simpatía de la de una mujer. Era hombre que pensaba con profundidad y de mucha instrucción, pero de poca firmeza en sus ideas. No solamente trataba de saber demasiado, sino que, á mi parecer, nunca quedaba convencido de que dominaba por completo un asunto.

A pesar de todas sus investigaciones filosóficas, Mr. Gladstone era algo supersticioso y nervioso en extremo. Me hizo el honor de leer varias de mis obras. Pero en particular un cuento fantástico mío titulado *Una afinidad fatal* le impresionó mucho. Lo leyó todo de un tirón, y sé por muy buen conducto que desde entonces nunca se acostó sin mirar antes debajo de la cama.

STUART CUMBERLAND.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ZÔMOL
ZÔMOL PLASMA MUSCULAR
(Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRÍO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALESCENCIA, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**
al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DECONFÍESE de las FALSIFICACIONES
Drosero: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

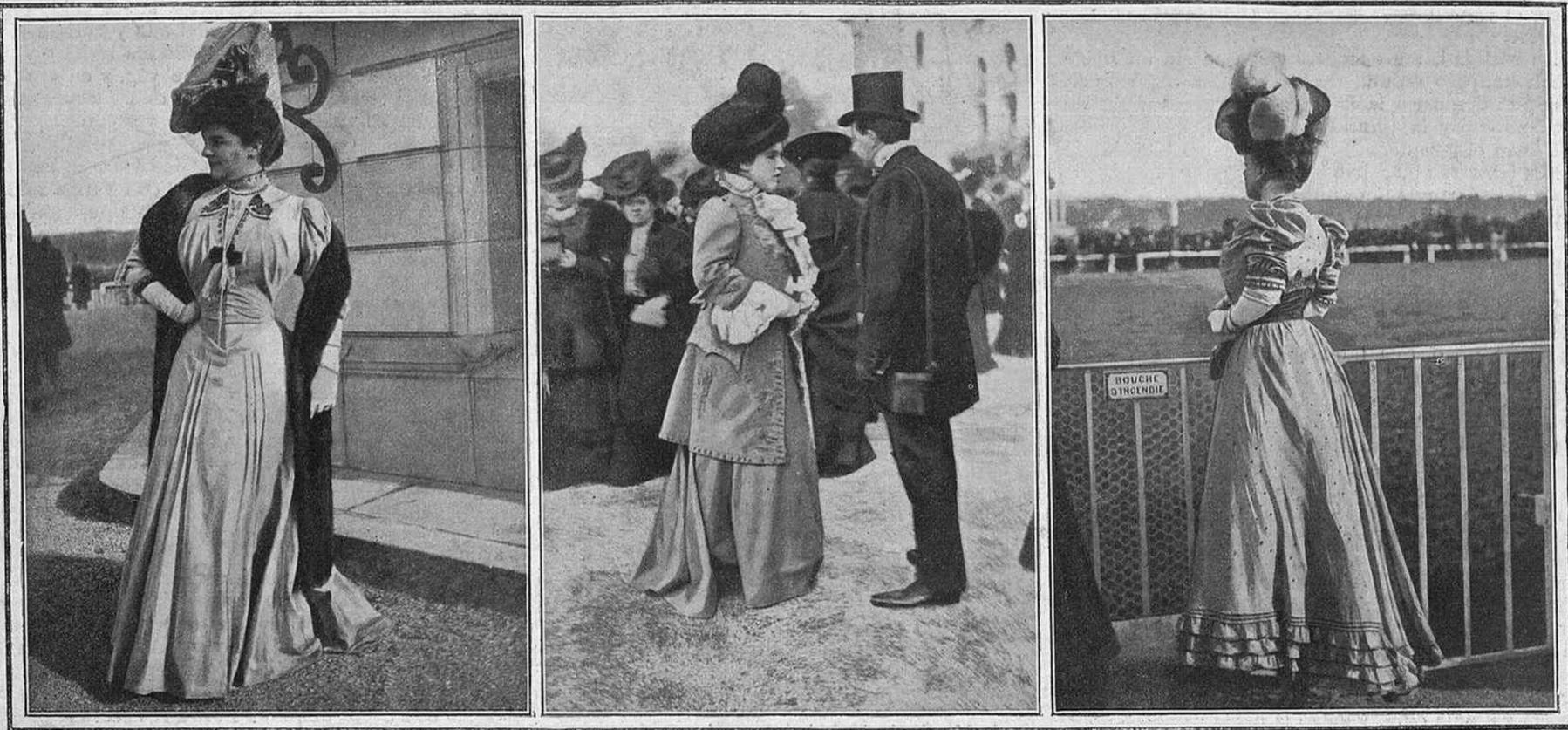
LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
à 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. 8 St-Denis

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con las
Pildoras Orientales
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



ALGUNAS DE LAS MÁS NOTABLES «TOILETTES» QUE SE HAN EXHIBIDO EN LAS ÚLTIMAS CARRERAS DE LONGCHAMP (PARÍS.)

(De fotografías de «Photo Nouvelles.»)

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU

El mejor y más económico
Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA
 REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**

Contiene la mejor leche de vaca.

Allimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.